

Francisco Aniceto Lugo

El primer viaje a la luna





El primer viaje a la Luna

1.ª edición, 2021

© Primera edición, Estudio de Francisco Aniceto Lugo, 1955

© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Edición y corrección

Mariló

Diagramación

Odalís Vargas

Diseño de portada

Ennio Tucci

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4894-5

Depósito legal: DC2021001441

Francisco Aniceto Lugo

El primer viaje a la Luna

Primera novela interastral publicada en Venezuela

Nota preliminar

Todo libro de ciencia ficción venezolana, publicado antes de la década de 1960, constituye una rareza bibliográfica. Hay un creciente interés sobre estos autores como lo hay sobre su propuesta creativa, el momento en que el autor escribió y el contexto en que lo hizo. Estos elementos constituyen argumentos precisos que prefiguran claros antecedentes sobre este género en nuestro país. Para el lector actual es muy complicado acceder a este tipo de contenido. En muchos casos, las bibliotecas públicas no poseen ningún ejemplar; en otros, permanecen en colecciones privadas; y en el peor de ellos, el libro no consta en ningún registro. El ejemplar que utilizamos para la presente edición de *El primer viaje a la Luna* (1955) fue dedicado a Pedro Grases por Francisco Aniceto Lugo, “por sus obras y con mis votos por su felicidad en el nuevo año de 1956”.

Estamos en plena época del nuevo ideal nacional, el proyecto político de Marcos Pérez Jiménez que buscaba la “transformación del medio físico y el mejoramiento de las condiciones morales, intelectuales y materiales de los venezolanos”. Por eso, no es de extrañar que el autor en los agradecimientos nombre, entre otros, a Luis Felipe Urbaneja, entonces ministro de Justicia, y a Julio Bacalao Lara, ministro de Obras Públicas, lo que parece indicar que la obra fue subsidiada por uno de estos organismos para “estimular con hechos positivos la cultura nacional”, según se lee en la solapa del

libro. De igual manera, extiende estos agradecimientos a García y Gonzálvez, los impresores.

Entre las obras creadas por este ecléctico autor, se destacan títulos como *El gran Bolívar*; *La revolución venezolana*; *Acercamiento contra la dispersión*; *Pérez Jiménez, fuerza creadora*; y *La invasión de los platillos voladores*. Mención aparte merece su obra inédita, en la que se puede deducir, por sus títulos, obras de ciencia ficción o de contenido filosófico e histórico.

Si bien este libro está escrito mucho antes que el primer viaje espacial se realizara (1961) y que el posterior alunizaje se produjera (1969), Aniceto Lugo vuelve la mirada al pasado, invocando la palabra “civilización” y el declive que esta conlleva cuando no hace un alto en su afán de progreso. Por otra parte, el autor resulta —aparentemente— paradójico al colocar la visión espiritual del hombre en un primer plano y asimismo asegurar que cuando estos viajes se realicen se habrá adquirido un “sentido cósmico” de la existencia. Sin embargo, esto parece contradecir ciertas acciones de determinados personajes dentro de *El primer viaje a la Luna*, como, por ejemplo, las que lleva a cabo un astronauta, para más señas venezolano (el lector sabrá inferir sobre este punto).

La novela está compuesta por seis capítulos y un apéndice. Este último nos recuerda al George Orwell de *1984*, al permitir que las propagandas sean diseminadas a través de diferentes medios. En la obra de Lugo adquiere una dimensión parecida al repetir el mismo procedimiento: visibilizar las obras del perezjimenismo al incluir la nota que lleva por título “La Comisión de la Prevención de la Delincuencia (Exclusiva para *El primer viaje a la Luna*)”. Esta es una noticia que da cuenta de la preocupación de ciertos notables por buscar estrategias para reducir la delincuencia incentivada, según las últimas estadísticas, por el alcohol. La comisión estaba presidida por el ministro Luis Felipe Urbaneja. La segunda parte de este apéndice reseña la inauguración del Instituto de Tisiología del Algodonal, noticia que va acompañada por imágenes e información sobre las

características del edificio (esto explica los agradecimientos previos de la solapa).

Del autor, Francisco Aniceto Lugo, la información que se desprende dentro del libro es que ofrecía servicios de “Investigaciones científicas – Reportajes sensacionales – Traducciones esmeradas – Publicaciones originales”, tal como se publicita así mismo a través de su editorial, Estudio Lugo. Fue “Doctor en Psicología. Titulado en Ingeniería Eléctrica y en Radioingeniería. Miembro de la *American Association of Engineers de Chicago*; de la *American Rocket Society*, de Nueva York; de la *Royal Astronomical Society of Canada*, de Toronto; de la *British Astronomical Association*, de Londres; y de la *American Association for the Advancement of Science*, de Washington”. Posteriormente, contribuyó en la famosa y ya desaparecida revista *Cábala*.

Como se puede ver, este es un libro particularísimo; el cuerpo de la primera edición ofrece un conjunto de signos que nos obligarían a extendernos en esta nota. El lector sabrá apreciar este esfuerzo que, sin duda, contribuye al estudio de la ciencia ficción venezolana y refresca una bibliografía que, por dispersa, poco a poco, con el empeño de todos irá creciendo e incorporando nuevas fuentes para el estudio y difusión de este género. Como muestra de este empeño, nuestra editorial publicó “en el año 2019”, *El regreso de Eva*, novela aparecida por primera vez en 1933, de Pepe Alemán. Sirvan estos rescates editoriales para contribuir a los estudios que recientemente comienzan a reconocer estos primeros aportes de nuestra literatura.

LOS EDITORES

EL PRIMER VIAJE A LA LUNA

El autor, con sincero agradecimiento, da gracias expresivas al Sr. Dr. Luis Felipe Urbaneja, ministro de Justicia, y al Sr. Dr. Julio Bacalao Lara, ministro de Obras Públicas, siempre dispuestos a estimular con hechos positivos la cultura nacional, por haber respaldado con anuncios la publicación de esta obra; e igualmente, a los compañeros y amigos de gran consideración y aprecio: don Ciro Caballero, de Justicia; don José Poggioli, don Roberto Espinel y la Srta. Lourdes Morales, de Obras Públicas, por sus finas atenciones; a don Miguel Gómez, de la revista *Aeronaves*, por sus gestiones de buena voluntad; y a los Sres. García & Gonzálvez, por el esmero puesto en la impresión.

Prefacio

Si la civilización no sufre ahora un retroceso como el que tuvo a la caída del Imperio romano, con luengos siglos de Edad Media (y en nuestro tiempo, por desgracia, hay serio peligro de que ello acontezca), el hombre irá a la Luna y a algunos planetas vecinos muy pronto. Tan pronto que quizás algunos de los que ahora viven lo verán. Lo único que podría impedir el éxito de esta aventura sería el derrumbe de nuestra civilización.

De ser favorables las circunstancias, cuando el hombre haya realizado la más importante y arriesgada empresa de toda su existencia sobre la haz de la Tierra, habrá adquirido él una especie de sexto sentido: el sentido cósmico, mediante el cual se sentirá unido y como formando pieza —insignificante, es cierto— de este vasto universo en que nos encontramos dominados por nuestros mezquinos intereses.

Entretanto, nosotros, los eternos soñadores, los urdidores de quimeras, seguiremos acariciando la gran aventura y brindaremos, cada quien por cuenta propia, nuestra ingenua versión de lo que puede ser el primer viaje a la Luna, que abrirá el camino a las conquistas interplanetarias.

EL AUTOR

I

Una sesión extraordinaria

La Sociedad de Astronavegación era objeto de la concurrencia más nutrida que se hubiese visto jamás en corporación alguna en la populosa ciudad de Nueva York. Su hermoso local, amplio y de fácil acceso, situado en las inmediaciones del Time Square, se encontraba repleto de un auditorio ilustrado e influyente, y una barra numerosa seguía paso a paso los debates de la sesión que se celebraba, mientras ejercía presión disputándose el espacio una multitud de curiosos distinguidos que no pudieron entrar a tiempo y que literalmente llenaban las cuadras circunvecinas. Aunque en pleno verano, la noche había resultado algo fría y húmeda, y a ratos lloviznaba, pero ni eso hacía abandonar su sitio a la gente que se había estacionado en el exterior del edificio, pendiente, como todos los demás, del resultado del asunto que se ventilaba.

La cuestión que se debatía no podía ser más apasionante: el primer viaje a la Luna, próximo a verificarse. Estaba ya la astronave — un cohete de reacción atómica y de grandes proporciones— lista para el vuelo a nuestro satélite, cuando un artículo sensacional del profesor de Física de la Universidad de California, el Dr. C. H. Foster, publicado en el *Daily Digest* en Los Ángeles y reproducido por casi todos los periódicos de Nueva York, hizo diferir el viaje al hacer tomar ciertas medidas de precaución al Gobierno, equivalentes a una suspensión virtual del magnífico propósito, aunque de carácter quizás no

definitivo —se decía—, sino temporáneo. El proyecto había sido calificado por el profesor Foster como “vuelo suicida”, y el Gobierno quería asegurarse de si había o no base para el éxito de tal aventura antes de conceder permiso para la realización de tan arriesgada empresa.

Para presentar el caso a la luz de nuestros conocimientos actuales e ilustrar al Gobierno y al público en general, la Sociedad de Astronavegación, cuyos miembros eran los más interesados en la expedición, habían decidido celebrar esa histórica sesión, que desde el principio había despertado el mayor interés y la más viva curiosidad.

Decía el profesor Foster en su comentado artículo: 1.º Que no había ser humano que resistiese la vertiginosa velocidad a que se planeaba hacer el vuelo y la cual llegaría a veces a cerca de 140 000 millas por hora. A esa espantosa velocidad, y aun a mucho menos, toda materia orgánica se disgregaría, toda vida terráquea perecería, y tal vez hasta se volatilizaría —agregaba—, por lo que el vuelo no era sino, en rigor, un verdadero intento suicida. 2.º Aun suponiendo que se conservase la vida y, lo que es aún más importante, el control de las facultades psíquicas, para no ir derecho a un fracaso, ¿cómo iba a hacerse al salir del radio de acción de la gravedad terrestre y encontrarse con que todo no pesaba nada? En ese caso —decía—, la situación de los viajeros y la de la mayoría de los objetos o cosas de que tendrían que servirse sería de lo más inconveniente: los primeros se sentirían con una extraña sensación de incomodidad orgánica tan grande, que desearían al punto con todas sus fuerzas el regreso inmediato a la Tierra, sin poderlo efectuar por la forma en que iría la astronave, no circulando la sangre con la regularidad necesaria, por la agobiadora falta de presión, ni manteniéndose las vísceras ni demás órganos en su posición normal; graves rupturas de las venas y arterias serían la secuela; en cuanto a los segundos, muchos se saldrían de sitio de la manera más anómala —y el mundo se transformaría, ante los ojos estupefactos de los expedicionarios, en un verdadero sueño de beodo: el agua, por ejemplo, al no estar estrechamente contenida en su recipiente, flotaría libremente en la astronave—. 3.º

Concediendo que nada de esto fuera así, y sería mucho conceder — continuaba el profesor—, el aterrizaje en la Luna, si se llegaba hasta ella, sería un fracaso seguro, toda vez que nuestros conocimientos astronómicos de hoy día —aseveraba— no dejan duda alguna acerca de que la superficie de nuestro satélite está en los lugares planos literalmente cubierta de una densa capa de polvo o ceniza que en ciertos parajes puede alcanzar varios metros de espesor, lo que comprueban —añadía— las últimas fotografías tomadas de la Luna con los grandes telescopios; y, siendo así, los valerosos expedicionarios terminarían allí sus aventuras para siempre, ya que quedarían enterrados en ese lugar eternamente, con *astroclipper* y todo. 4.º Todavía si lograran llegar con vida a la Luna —proseguía el profesor— sería para encontrarse con un mundo de desolación tan extraño, que resultaría fantasmagórico y aterrador: un mundo sin agua ni atmósfera, y de consiguiente, sin sonidos ni ruidos de ninguna especie; un mundo sordomudo, de un silencio sepulcral y en el que ocurrirían, sin siquiera el recurso del habla, las cosas más espantosas; un mundo con un calor irresistible durante cada uno de sus días larguísimo, de dos semanas, y un frío insoportable durante la noche de igual tiempo, con la particularidad de que durante las horas de sol podríamos tener un pie achicharrándose bajo el intenso calor solar y el otro completamente helado bajo la sombra de cualquier cuerpo que la proyecte; un mundo en que cada paso, cada esfuerzo de nuestro cuerpo o de nuestras extremidades nos llevaría a acciones seis veces más fuertes que las que esperábamos, de modo que si pensáramos dar un paso nos iríamos de bruces, porque en realidad nos precipitaríamos como el caballo desbocado, por la sencilla razón de que la gravedad lunar es seis veces menor que la pesantez de nuestro globo; un mundo siniestro de desagradabilísimas sensaciones, de locura y de muerte. Y este es el mundo por cuyo conocimiento y dominio tratan de arriesgarse, mejor dicho, de inmolarse —argumentaba el profesor—, una veintena de hombres eminentes, lustre de las ciencias y las letras, y de quienes la preciosa existencia constituye tesoro

invalorable de la patria y de la humanidad en general. Ciertamente —concluía—, la Luna no merece tan enorme sacrificio, mucho más si se considera que es completamente inútil, y sería criminal que el Gobierno permitiese semejante descabellada expedición.

Esta argumentación del profesor Foster, que pronto fue conocida de uno a otro extremo del orbe, en todas las lenguas, mediante la prensa, la radio y la televisión, bien pronto fue designada como “los cuatro puntos del Dr. Foster” y creó una verdadera ola arrolladora de oposición al vuelo, que había acabado con la suspensión del mismo por el Gobierno y por lo que ahora tenía empeñada la más porfiada lucha la Sociedad de Astronavegación, que en ese mismo momento celebraba una sensacional sesión extraordinaria.

A esto se agregaba el hecho de que las esposas de los expedicionarios, en perspectiva, menos una, habían firmado una petición conjunta dirigida al ministro de Comunicaciones rogándole que intercediera e impidiera el vuelo para salvar la vida de sus maridos que en tanto estimaban. Una de las firmantes era Mrs. Dalton, quien precisamente dos semanas antes había armado un gran escándalo en pleno Broadway, amenazando de muerte a su esposo y arrojándole una cartera a la cara que por poco lo deja sin narices. Con todo, parece que la petición de las esposas —y solo esgrimía argumentos sentimentales— fue decisiva en el ánimo de las autoridades de Aeronáutica al suspender indefinidamente el vuelo.

Los expedicionarios eran: el ingeniero John Newman, vicepresidente de la Sociedad de Astronavegación y diseñador de la astronave o cohete y jefe de la expedición interplanetaria; H. Wilson, piloto; Mr. M. A. Richardson y Mr. Henry Nelson, copilotos; Ch. F. Hamilton, radiotelegrafista; D. J. Drake y Robert Simpson, televisores; M. Maxim y J. P. Warner, *cameraman*; I. J. Audel y Thomas Baker, radiotelefonistas de larga distancia; los Dres. E. Bentley, médico; M. R. Anderson, naturalista; F. C. Alexander, físico; W. Martin, químico; C. C. Raymond, geólogo; C. Weston, astrónomo; los exploradores C. J. Morgan y B. M. Dalton; y Miss Brewster,

representante del *World News* y reportera especial de la expedición, a cuyo cargo corría la transmisión inmediata de todas las ocurrencias importantes del viaje y particularmente de las que ella y sus compañeros observasen en la Luna.

Con tan lujoso equipo de expedicionarios, ventajosamente conocidos no ya tan solo en los Estados Unidos, sino en el mundo entero por sus notables realizaciones en sus actividades respectivas, era realmente una lástima que la expedición se frustrase y de ahí por qué, comprendiéndolo así, se había congregado tanta gente esa noche en el local y los alrededores de la Sociedad de Astronavegación.

En el interior del edificio, colmado por la aglomeración de numerosas personalidades del gobierno, la ciencia y la prensa, y en el que se experimentaba una cierta tensión espiritual por la expectativa reinante, estaban sentados junto a la tribuna los altos funcionarios de aeronáutica del Estado, todos los miembros de la Sociedad que estaban presentes en Nueva York y el profesor Foster, quien había sido invitado de manera especial para tomar parte en los debates que se iban a efectuar acerca de las ideas negativas por él expuestas en relación con el vuelo. A punto de iniciarse la sesión, la ansiedad general se acentuaba *in crescendo*, estando los circunstantes pendientes de no perder detalle de la actitud de aquellas personalidades, en tanto que en el exterior la muchedumbre se encontraba concentrada junto a los numerosos altoparlantes que habían sido colocados en el sector, anunciándose para dentro de pocos segundos el comienzo de la discusión.

Abrió la sesión el presidente de la Sociedad, Dr. William C. Taylor, quien subió a la tribuna y lacónicamente dio apertura al debate con las siguientes palabras:

—Señores: todo el mundo conoce aquí el objeto de esta sesión extraordinaria, el vuelo a la Luna en proyecto por nuestra Sociedad, las críticas al mismo del sabio profesor de Física de la Universidad de California, Dr. Foster, aquí presente, y la acción consiguiente del gobierno, por medio de los altos funcionarios de la Aeronáutica, también

gentilmente asistentes a este acto, y asimismo saben de los esfuerzos pujantes y abnegados de los miembros todos de esta Sociedad, de la que yo soy el menos significado, en favor de la ciencia. La mayoría de estos caballeros participará esta noche en este interesante debate, ora como actores, ora como jueces virtuales en esta histórica sesión, de la que depende que el primer viaje a la Luna se realice esta misma semana, o que tan hermosa conquista futura de la ciencia y la civilización quede postergada por décadas, quizás por siglos, o tal vez no se realice nunca. Por lo tanto, hago un llamamiento en esta solemne ocasión a todos los espíritus progresistas y especialmente a los ilustres representantes de la cultura universal aquí congregados esta noche, para que presten su apoyo decidido a este noble proyecto.

”¡Señores!, en la convicción de que sabrán mostrarse a gran altura espiritual y se pondrán en armonía con la magnitud de este proyecto, declaro solemnemente abierto el acto y tengo la satisfacción de anunciar la presencia en esta tribuna del Dr. F. C. Alexander, insigne profesor de Física de la Universidad de San Luis y miembro de esta Sociedad y de la expedición, quien va a impugnar la tesis de su colega el profesor C. H. Foster”. (APLAUSOS).

—Deseo dar las gracias —comenzó diciendo el profesor Alexander— por los aplausos con que me ha acogido este ilustre auditorio. Ellos indican, de antemano, que existe una no disimulada conformidad entre el criterio científico de los miembros de esta Sociedad y las ideas del público, en contraposición con las argumentaciones expuestas por el profesor de Física de la Universidad de California, y que por lo tanto, y a pesar de todo, una mayoría abrumadora está de nuestro lado, y que si se procediera democráticamente y se hiciera un plebiscito para resolver si se efectúa o no el viaje a la Luna tendríamos un triunfo arrollador en las votaciones. (NUEVOS APLAUSOS). En tales circunstancias, no sería aventurado decir que la acción del gobierno, al suspender el vuelo, tiene mucho de dictatorial. (NUTRIDOS Y PROLONGADOS APLAUSOS).

”Mas dejemos este asunto de la actitud del gobierno y permítidme pasar ahora a la médula de la cuestión, a las ideas sustentadas por el profesor Foster, cuyos fundamentos científicos voy a discutir enseguida, uno por uno, dentro del campo de mi especialidad.

”Ciñámonos a la cuestión primordial de la velocidad, de hasta cerca de 140 000 millas por hora, a que se haría el vuelo a la Luna en el término de unas tres horas y media. El crítico, profesor Foster, arguye que a semejante velocidad, y aún a muchísimo menor, toda vida sucumbiría. Pero, ¿ha pensado alguna vez el profesor Foster en la tremenda velocidad en que la Tierra gira sobre su eje, en la que hace su recorrido alrededor del Sol; en la que sigue, en suma, su trayectoria, como una resultante de todas las formidables fuerzas que actúan sobre ella, al través de los espacios interestelares? Todas estas son inmensas velocidades a las que marchamos todos los seres que poblamos este planeta y, sin embargo, no experimentamos con ellas la menor incomodidad.

”Me parece que en esto el profesor Foster ha cometido un grave error. No es la velocidad, ni aun siendo mayor de 140 000 millas por segundo, a menos que se aproxime demasiado a la de la luz o a la de la electricidad, lo que puede afectar mayormente a los expedicionarios. Puedo asegurar, dentro del rigor científico, que velocidades aún mayores que las de 140 000 millas por segundo son soportables por el hombre sin la menor incomodidad. Porque lo que afecta al hombre —excepción hecha de velocidades cercanas a la de la luz— no es la velocidad propiamente dicha, sino la inercia. O, en otros términos, la aceleración o la retardación súbitas. Esto hemos podido comprobarlo todos cuando hemos viajado en automóvil y el conductor ha frenado repentinamente. En ese caso, y aun a muy baja velocidad, hemos sentido el efecto brusco del paro, lo que en algunos casos ha dado como resultado fatales consecuencias. No es la velocidad, sino la alteración considerable y súbita de ella, por debajo de 186 000 millas por segundo, lo que afecta terriblemente y puede causar la muerte del viajero.

”Quiere decir entonces, señores, que una velocidad gradual o constante por debajo de las 186 000 millas por segundo no afectaría en forma alguna al ser humano.

”Mas, claro está, tampoco podríamos viajar a una velocidad constante en un vuelo a la Luna; quiero decir, no sería conveniente. Un cohete tiene que maniobrar a un ritmo apropiado para que la variación de la velocidad no constituya peligro para sus ocupantes. Y esta variación adecuada se obtiene, en un aparato de control automático de precisión como nuestra astronave, aun marchando a extraordinaria rapidez. La cuestión de la velocidad es, pues, un problema previamente resuelto por nosotros. (GRANDES APLAUSOS).

”Quizás se comprenderá esto mejor si comentamos el otro punto fundamental tocado por el profesor Foster: la cuestión del caso de la pesantez. Arguye el profesor que al salir de la esfera de atracción de la Tierra los tripulantes se encontrarán con la situación más incómoda, porque todo pesará nada, y los objetos, y probablemente los tripulantes también, flotarían libremente en la cabina del cohete perdiendo estos últimos el control de la astronave. Me complazco en declarar que ya nosotros nos habíamos paseado con mucha antelación por ese mismo terreno, habíamos encarado el problema y lo solucionamos. (NUEVOS APLAUSOS). La resolución de este problema se relaciona con la velocidad de hasta 139 343 millas por hora, la inercia y la aceleración o la retardación.

”Desde Galileo sabemos que todo cuerpo que cae experimenta una aceleración de 32 pies por segundo, atemperada en las capas atmosféricas a causa de la resistencia del aire. Ahora bien, si en nuestro vuelo a la Luna adelantamos durante la primera mitad del viaje, hasta un punto medio, a razón de 32 pies por segundo, y nos retrasamos luego durante la segunda mitad, hasta llegar a punto de aterrizaje a nuestro satélite, a los mismos 32 pies por segundo, crearemos así una especie de gravedad artificial, de pesantez prefabricada muy cómoda, que nos haría forjarnos la ilusión de que las condiciones gravitacionales de nuestra astronave no eran muy diferentes de las

de la superficie de la Tierra. El agua no se saldría de su recipiente ni los tripulantes flotarían en el espacio libre de la astronave, como lo indica el profesor Foster”.

—Eso de la gravedad artificial habría que demostrarlo primero experimentalmente —gritó desde su asiento el profesor Foster, atuándose los mostachos.

—También habría que demostrar experimentalmente lo del agua volando de su recipiente y otras añagazas —repuso secamente el profesor Alexander. Y continuó—: No, el agua no flotaría, ni los expedicionarios, ni cosa ninguna tampoco. Tendríamos gravedad artificial a bordo de la nave, tan segura como la de la Tierra.

”Ahora —agregó—, una vez salido el cohete de la esfera de la gravedad de la Tierra, adelantaríamos nuestra velocidad a razón de 32 pies por segundo hasta alcanzar 139 000 millas por hora, en el punto medio de nuestro viaje; un viraje se haría necesario allí, después de lo cual la velocidad empezaría a disminuir a la misma rata de 32 pies por segundo, hasta llegar a la Luna con una velocidad tan moderada que nos permitiría aterrizar suavemente en ella, tras darle una vuelta por lo menos y fotografiar por primera vez el hemisferio que nos es desconocido, revoloteando o permaneciendo primero en suspenso sobre ella como parece conveniente, pues no hay que olvidar que en todo momento el piloto mantendrá el absoluto control de la velocidad y dirección de la astronave.

”En estas condiciones —concluyó Alexander—, no vacilo en afirmar que, dadas las conquistas de la ciencia actual, un vuelo a la Luna hoy día es menos inseguro e incierto que lo que fue el viaje del descubrimiento de América, tan audazmente llevado a término por Colón a fines del siglo xv”.

Dicho esto, el vicepresidente Alexander bajó de la tribuna en medio de una gran salva de aplausos.

Un hombre cenceño, pero enérgico, que visiblemente frisaba en los cincuenta, subió entonces ágilmente a la tribuna. Era el ingeniero Newman, diseñador de la astronave, quien discurrió así:

—¡Señores!, la importancia del asunto me mueve a hacer algunas observaciones que no hizo mi ilustre predecesor en esta tribuna y las que juzgo de gran interés en los actuales momentos. Se refieren al despegue y al aterrizaje de la astronave. Generalmente, a juzgar por los reportes de prensa, se supone que nuestra nave-cohete despegaría a una velocidad terrifica y se lanzaría al espacio aturdiendo a sus ocupantes. Claro que podríamos hacerlo así, pero el cambio repentino del reposo a una velocidad tremenda podría, sin embargo, ser muy peligroso para la vida de los expedicionarios. La astronave tiene por ello dos posibilidades para despegar: o sale suavemente, a velocidad moderada, como cualquier aeroplano rápido, girando en la atmósfera hasta adquirir gradualmente la velocidad necesaria para escapar a la pesantez de la Tierra y lanzarse al vacío, o es controlada hasta las regiones vecinas a la estratósfera, de donde la astronave emprende decisivamente el vuelo. Este último procedimiento es ventajoso si la nave debe salir de un sitio que no sea suelo firme, como si se tratase de despegar de la plataforma de un portaviones. El cohete —pues nuestra astronave tiene exactamente la forma de un tabaco y es virtualmente un proyectil— tiene que desarrollar, para lanzarse al vacío escapando a la fuerza de la gravitación terrestre, una velocidad algo superior de 6,64 millas por segundo, o sea unas 25 000 millas por hora. Naturalmente, habría considerable fricción y, de consiguiente, no poco calor se desarrollaría en el cohete; mas ya hemos resuelto satisfactoriamente, sin más ayuda que la aplicación corriente de principios científicos suficientemente conocidos hoy día, el doble problema del calor y el frío extremos, tanto en la atmósfera, a la velocidad de escape indicada, como en el vacío a velocidades supersónicas.

”En cuanto a los obstáculos que seguramente pueden presentarse en el crucero al través del vacío, como la presencia de cuerpos opacos voluminosos o muy veloces, tales como meteoros, etcétera, para ellos tenemos el radar y otros instrumentos detectores, de modo que podremos observar su trayectoria con bastante antelación

y evitar un choque a una tremenda velocidad con resultados realmente desastrosos.

”En fin, todo lo hemos previsto y, dadas las precauciones que hemos tomado, pudiendo regresar de cualquier punto del espacio cuando lo deseemos, pues para ello conservamos el completo gobierno de la nave en todo momento, no es hiperbólico el afirmar que hay tal vez menos peligro en volar a la Luna en tales condiciones que cruzar a pie una calle de nuestro tráfico en la ciudad de Nueva York”. (GRANDES APLAUSOS).

Al terminar su discurso el ingeniero Newman y bajar de la tribuna, mientras se extinguían los últimos aplausos, todas las miradas se dirigieron hacia el centro del salón. Se había puesto de pies un hombre calvo, alto, de ojos vivos y penetrantes e imponente. Era el Dr. Bentley, médico de la expedición, quien subió a la tribuna con paso firme y comenzó a discurrir con voz segura y tranquila, acostumbrado como estaba a ser oído con la atención que le conquistaba su gran reputación.

—¡Señores! —dijo—, grandes autoridades de la ciencia, de la física y de la ingeniería, acaban de dejar oír su reputada voz en este recinto. Me toca ahora, como médico de la expedición, decir algunas palabras acerca de las peregrinas ideas expuestas, creo yo, con un poco de ligereza, por el profesor Foster. —El aludido se movió estrepitosamente en su asiento, tosió, carraspeó fuertemente y dirigió una mirada fulminante al orador.

”En mi carácter de médico he sido encargado de supervigilar las condiciones biológicas de la astronave y que se ha provisto todo lo necesario para mantener, aunque artificialmente, la pesantez, la presión atmosférica, la temperatura corriente y otras condiciones análogas en la astronave de manera normal. Es majadería, a ese respecto, el vaticinar peligros imaginarios que ya están previstos y precontrolados. Es todo cuanto tengo que decir, asumiendo, naturalmente, por entero, la responsabilidad, fuera del hecho de que la nave lleva todos los instrumentos necesarios de registro y de control”.

Un brusco estrépito rasgó la expectación de la sala. Apenas había terminado el Dr. Bentley su corta oración, y bajado de la tribuna, cuando casi fue atropellado al pie de ella por el paso precipitado del profesor Foster, quien desde su asiento se dirigía a ocuparla como una bala.

—No puedo menos, señores —dijo—, que contestar como lo merecen las futelezas que, bajo la capa de verdades científicas, acabamos de oír esta noche. Estos encopetados señores de la ciencia cometen el mismo error antropomórfico del hombre corriente, que presupone en Dios nuestra propia imagen, física y moral. Estos destacados hombres de ciencia hablan de que todo está previsto y precontrolado, advirtiendo que para ello tienen sus instrumentos arreglados: ¡sus instrumentos! ¿Pero no se dan cuenta de que presuponen, al mismo tiempo, que han de funcionar en los espacios interestelares al igual que en la superficie de la Tierra? De hecho, se sabe por vuelos a gran altura verificados recientemente que en nuestra atmósfera alta existe una irradiación perturbadora de naturaleza desconocida capaz de hacer saltar nuestros instrumentos, especialmente los eléctricos. ¿A qué hablar de precontrol, entonces? ¿No es por sí solo suficiente para hacer fracasar, trágicamente, la expedición? Por otra parte, hablan del radar. ¡Pero si también sabemos ya que las ondas del radar se bifurcan en la atmósfera superior y no pueden siempre ser guía seguro! Pero lo más grave de lo que conocemos —porque lo desconocido puede ser mucho peor— son los rayos cósmicos. Estos rayos, que en la superficie de la Tierra atraviesan el cuerpo humano, a manera de proyectiles infinitesimales, a razón de 30 por segundo, en las regiones superiores de la atmósfera, y más aún en los espacios interestelares, bastan para causar la muerte instantánea. En la superficie terráquea no los sentimos, porque los intercepta casi completamente una pantalla de 80 kilómetros de atmósfera. Pero, desde los 32 kilómetros de altura en adelante la cosa varía por completo. Su número es tremendo. Y en cuanto a protección contra ellos, basta considerar que esos rayos pueden atravesar una plancha de plomo de setenta y cinco pies de

espesor, y sabemos que esa irradiación es, en algunos casos, diez veces más poderosa que la explosión del núcleo del uranio en la bomba atómica. (ESTUPEFACCIÓN GENERAL). Bajo tales condiciones, ningún ser viviente podría sobrevivir, y en cuanto a protección contra esa lluvia mortífera de proyectiles, hasta ahora es imposible. No hay égida contra esa terrible y letal arma cósmica. Por eso creo que al hombre nunca le será dable realizar el sueño de viajes siderales. El viaje a la Luna sería un viaje suicida, porque —contra la opinión de cierto médico— el cuerpo humano está imposibilitado para resistir los agentes destructores que a partir de las capas inferiores de la estratósfera tendría que afrontar. De nada vale tener un médico en la astronave que apruebe la expedición, si ese médico, por eminente que sea en su profesión, desconoce los últimos adelantos de la física.

El discurso del profesor Foster había terminado en medio de un silencio profundo. Indudablemente, había hecho reflexionar al auditorio, y ya se disponía el profesor a bajar de la tribuna cuando largos y nutridos aplausos premieron su disertación.

El asunto se les había puesto serio a los miembros de la expedición y había que actuar rápidamente si se quería que aquella ducha de agua fría que el profesor Foster había dado al público no acabase por enfriar para siempre los entusiasmos. Así lo comprendió el Dr. C. Weston, autoridad mundial en ciencias astronómicas, quien ascendió enseguida a la tribuna y dijo:

—He oído atentamente las ideas expuestas por el profesor Foster, muy bien fundamentadas al parecer, pero en realidad carentes de base científica; y debo declarar de una vez que, con respecto a los rayos cósmicos, se adelanta a conclusiones que ningún descubrimiento autoriza. Primeramente, los rayos cósmicos son polarizados por la Tierra, de modo que hacia las regiones de las zonas tórrida y templada su acción es insignificante; y luego no se sabe todavía de cierto si vienen ellos de los espacios interestelares o si se producen por algún fenómeno físico o químico en la capas superiores de la atmósfera; y, además, tampoco está probado su carácter abiótico o mortífero, y el

supuesto peligro de esta irradiación tiene tanto de imaginario como el bombardeo continuo de aerolitos que, según algunos, hace imposible la vida en la superficie de la Luna, olvidándose de que el que se sostiene en la Tierra de continuo con proyectiles ya tan terribles como la bomba atómica y expresamente dirigidos contra el hombre, no ha impedido que este subsista, luche y progrese. (APLAUSOS).

¡Señores! Esta es una cuestión de sentido común. Nadie quiere suicidarse sin razones para ello y de manera estéril. Tenemos absoluto control sobre la nave, este es el punto; y si encontramos algún serio peligro estamos en capacidad de volver grupas cuando nos plazca y regresar sanos y salvos. Me parece que esto cancela la cuestión. Las opiniones alarmistas no son sino puros espantajos. (GRANDES Y PROLONGADOS APLAUSOS).

—¡Sí, sí, eso cancela la cuestión! —gritaba el auditorio—. ¡Que se efectúe la expedición! ¡Viva América!

Intentó hablar de nuevo el profesor Foster, pero le fue imposible. El público se lo impidió interceptándole el paso y gritando: “¡Es inútil! ¡Que se efectúe la expedición!”. El mismo público que hacía apenas algunos minutos lo había aplaudido entusiastamente ahora lo rechazaba categóricamente, mientras hacía una gran ovación al astrónomo de Monte Palomar.

La sesión había terminado, y al día siguiente los diarios matutinos anunciaban la posibilidad de que fuera suspendida sin tardanza la prohibición del vuelo, indicando, al mismo tiempo, la conveniencia de esta medida. Pero fue el vespertino *The Globe* el que ganó ese mismo día la delantera a los demás periódicos al publicar, en edición extra y en cabeza y a todo lo ancho de la primera página, con titulares grandísimos, la sensacional noticia:

ALLANADA LA PROHIBICIÓN DEL VIAJE A LA LUNA

EL VUELO SE EFECTUARÁ PASADO MAÑANA A LAS 9 P. M.
LOS EXPEDICIONARIOS PODRÁN ESTAR EN LA LUNA ENTRE LAS 12:00
Y LA 1:00 P. M.

II

El arribo a la Luna

La astronave despegó verticalmente, a las nueve en punto de la noche, como se había anunciado, saliendo desde las inmediaciones del Empire State Building, en donde se había construido un dispositivo con una plataforma especial, silbando en el espacio ante la expectación de millones de curiosos de la ciudad de Nueva York, que se habían apostado temprano para presenciar el soberbio espectáculo y despedir a los más audaces expedicionarios que jamás hubiera tenido el mundo, en la más arriesgada e interesante aventura de la historia.

El viaje a la Luna era, pues, un hecho, y pudo verse al famoso cohete ascender rápidamente, a pesar de que su velocidad inicial era relativamente moderada, arrojando tras sí una estela de fuego y humo, que luego se disipó totalmente, mientras la nave subía perdiéndose de vista al penetrar en las regiones interestelares. En las poblaciones vecinas también se había aglomerado la gente, tratando de localizar con binóculos el aparato, mientras que en todo el sector centenares de fotógrafos trataban de tomar vistas del cohete con cámaras especiales, en su ascenso vertiginoso hacia los espacios siderales ante la expectación entusiasta de la multitud.

El cohete había desaparecido en las alturas hasta entonces inaccesibles, pero quedaba en íntimo contacto con la Tierra, mediante un mecanismo ingenioso de radar, radio y televisión conjugados. El primer mensaje recibido en la Tierra del radiotelegrafista de la astronave,

Mr. Hamilton, poco después de haberse perdido de vista el aparato, decía: “Hemos despegado conforme se había previsto. Vamos bien”. Para entonces el cohete se acercaba a los límites indefinidos de la estratósfera y el vacío, y el aire era considerablemente enrarecido: la astronave estaba, pues, a las puertas de la sorpresa, y esta podía ser la muerte, como que nadie sabía de cierto qué podía hallarse más allá del aire, y especialmente se temían, a pesar de todas las negaciones, los posibles efectos de los rayos cósmicos en la forma prevista por el profesor de Física de la Universidad de California, Dr. Foster.

Al mismo tiempo que se recibía el mensaje radiotelegráfico de los expedicionarios en la Tierra, se oía en los altavoces instalados en todas partes la voz de los radiotelefonistas, Audel y Baker, dando algunos detalles técnicos del cohete y diciendo cómo todo se comportaba, mientras que Drake y Simpson transmitían a las pantallas de televisión de la Tierra los aspectos internos de la astronave; y la reportera del *World News*, la Srta. Brewster, electrizaba la muchedumbre con una descripción dramática, casi épica, de los primeros incidentes del vuelo:

—Llegamos al límite de la atmósfera —decía—... pasamos ya... La estratósfera va quedando atrás... tocamos ahora en el vacío... Nos amenaza el peligro de lo desconocido en esta línea divisoria... Hemos aumentado la velocidad extraordinariamente... la seguimos aumentando en escala portentosa cada fracción de segundo... Nos movemos como un astro. (GRITERÍA DE LA MULTITUD). Ha disminuido considerablemente la fuerza de atracción de la Tierra sobre nosotros, según el físico Alexander... ya prácticamente la hemos superado... Somos libres, como un astro, y marchamos con absoluta independencia, como una estrella... (INMENSO VOCERÍO DE ENTUSIASMO EN LA TIERRA Y GRITOS DE “¿QUÉ HUBO, DR. FOSTER?”). Dentro de poco adquiriremos la aceleración normal de 32 kilómetros por segundo... ya casi llegamos a ella ahora, ya la hemos obtenido... Somos ahora un astro independiente, con gravedad artificial... Empezamos a ver la Tierra como un globo, después de haber

ella señalado cada vez con más precisión sus enormes curvaturas: un globo inmenso, todavía muy cercano... el Sol brilla como una bola de fuego enceguecedora... imposible mirarlo de frente... solamente es observable con vidrios opacos... Las estrellas centellean a nuestro alrededor con una fulguración fantástica mientras la Luna, nuestro objetivo, se agranda a nuestra vista desde ahora mismo y parece decirnos “¡Bienvenidos!”. Se mira serena en la inmensidad... Estamos en pleno espacio interestelar...

”Todos los aparatos de registro funcionan a la perfección, informan los técnicos... Nos hemos alejado considerablemente de la Tierra... la vemos ahora como un globo independiente, realmente inmenso, que, sin embargo, empieza a empequeñecerse, alejándose de nosotros, perdiéndose en el infinito... pero vemos algo extraño... algo que no vemos en la Tierra misma, corrientemente, junto a ella... es una luz difusa... iridiscente... que la acompaña... El astrónomo Weston opina que es luz estratosférica, y ahora se hace más difusa, menos distinta... va desapareciendo...

”Vamos ascendiendo vertiginosamente, si es que en el espacio puede hablarse de subidas y bajadas... La Luna va aumentando de tamaño a nuestra vista, a medida que el gran globo de nuestra Tierra se reduce... La Luna se ve ahora varias veces más grande... A nuestro alrededor se ofrece un soberbio espectáculo, el más soberbio espectáculo que le haya sido dado al hombre contemplar... El Sol brilla con una fiereza tremenda, irresistible a los ojos... Las estrellas son verdaderos puntos de fuego... No hay atmósfera y vemos el universo en plena desnudez... Pero un momento, un momento... somos objeto de una irregularidad en nuestra astronavegación... El físico Alexander me indica ahora mismo que informe que nada hay que temer... Somos objeto de una perturbación física inesperada...”

Y la voz guardó silencio.

Al mismo tiempo que la Srta. Brewster suspendía, de manera tan súbita, su información, en la Tierra pudieron ver, en las pantallas televisoras, que la cámara del cohete era objeto de considerable

perturbación: a excepción del piloto y los copilotos, que iban literalmente aferrados a sus correajes, los tripulantes se vieron flotar en el aire de su cámara, mientras un grito de sorpresa y espanto salía de todos los pechos: ¡era lo previsto por el Dr. Foster!

Enseguida se oyó la voz de la reportera, Srta. Brewster, que decía:

—Nos hemos desviado un poco de la ruta prevista, hemos perdido nuestra gravedad artificial... a causa, parece, de la mala regulación de la aceleración... Esperamos que esto solo sea temporáneamente y que...

Un ruido seco cortó la voz de la reportera. Las pantallas de televisión quedaron en blanco. Bruscamente, habían quedado cortadas las comunicaciones entre el cohete y la Tierra. Y luego, silencio, silencio, ¡el profundo silencio estelar! Aunque se hicieron innumerables tentativas de reanudación de las informaciones, el radiotelégrafo y el radioteléfono enmudecieron, las pantallas televisoras se mostraron inactivas y no hubo forma de restablecer las comunicaciones.

Un tremendo escalofrío sacudió los nervios de la humanidad de un extremo a otro del planeta. ¿Se había perdido la astronave? ¿Había desaparecido para siempre? ¿Había caído el *América* en la fosa del vacío?

En la Tierra se había venido siguiendo paso a paso y pormenorizadamente las etapas del vuelo: hasta en los más insignificantes puntos del globo, la radio, la televisión, la prensa, y aun el cine, habían seguido minuto a minuto los detalles de la gran aventura, y ahora se habían quedado en la ignorancia más completa acerca de la suerte de la astronave. ¿Qué había pasado? ¿Qué era del *América*? En la Tierra todos lo ignoraban.

Mientras las comunicaciones con la Tierra eran interrumpidas, lo que había pasado en la astronave, en verdad en extremo peligroso, era muy explicable. El *América* tenía que ir regulando su velocidad a determinada rata, a fin de disfrutar constantemente de gravedad artificial semejante a la de la Tierra. Así lo hacía, en efecto, cuando un extraño fenómeno, imprevisible del todo, tuvo lugar. La

astronave fue fuertemente atraída, a pesar de su vertiginosa velocidad de escape, hacia un centro desconocido, perdiendo su gravedad artificial; los objetos libres flotaron en el aire de la cabina, y aun los mismos expedicionarios, en su mayoría, fueron víctimas del fenómeno, siendo suspendidos insensiblemente o viéndose obligados a agarrarse fuertemente de sus correajes de seguridad, de donde varios se habían soltado o no los llevaban muy seguros. Hubo un desconcierto extraño, y cuando ya cedía el cohete a la atracción de esa fuerza extrema, el capitán ordenó poner la velocidad al máximo; la astronave vibró terriblemente, pareció luego mantenerse en equilibrio y, finalmente, en un esfuerzo poderoso, venció a aquella especie de imán que tan enérgicamente amenazaba con atropellarla contra sí misma en las profundidades del espacio, volviendo otra vez de manera gradual a su marcha normal y recuperando su gravedad artificial.

Weston había lanzado la voz de alarma:

—¡Nos estrellamos contra un enorme aerolito opaco! —gritó—. ¡Nos atrae mientras pasa tangencialmente por nuestra ruta!

Los momentos de angustiosa expectación entre los expedicionarios fueron horribles. Parecía que la expedición tocaba a su fin. Afortunadamente, los aparatos de radar funcionaban admirablemente bien y, conocida la causa del fenómeno, pudo contrarrestarse a tiempo. El cohete, sin embargo, había sido desviado de todos modos, de manera que hubo que reorientarlo, y, además, los equipos de radiotelegrafía y radiotelefonía fueron perturbados en tal forma que no fue posible restablecer el contacto con la Tierra.

El cohete siguió marchando en dirección a la Luna. Los observatorios astronómicos que desde la Tierra seguían con los telescopios el paso de la astronave, emitieron breves radioboletines mientras estuvo en el campo del objetivo, pero pronto se perdió totalmente de vista y cuando ocurrió el accidente ya no lo distinguían. Todo el mundo hablaba en la Tierra de las predicciones del Dr. Foster y de la manera como se habían confirmado, y el retrato de

este sabio apareció en un boletín del *Observer* con grandes elogios a su personalidad científica, mientras que, por otra parte, se daba casi por segura la pérdida de la astronave. Se habló de que pronto comenzarían a celebrarse en todas las iglesias honras fúnebres en memoria de los audaces expedicionarios, y de que no quedarían ganas, al parecer, de organizar nuevas expediciones a nuestro satélite. Pero en la astronave no había tiempo de pensar en la Tierra. La Luna era la meta y a la Luna iban. Orondo iba el cohete a pesar de todo, mas otra vez se escuchó en la cámara la voz de alarma, a la vez que una serie de bólidos espectaculares lo ponían en peligro. proyectiles desconocidos parecían disparados contra la astronave y pasaban en un chisporroteo impresionante a su derredor. Uno de estos proyectiles pasó con mucha más fuerza que todos los otros cerca del cohete, rozándole levemente y haciéndolo estremecer profundamente e inclinándolo alternativamente de popa a proa. El capitán ordenó una bajada súbita desviándose nuevamente el cohete de la ruta en un gran número de millas. Sencillamente, el *América* pasaba al borde de un enjambre de aerolitos. La maniobra tuvo por resultado la salvación de la astronave, poniéndola fuera del alcance de aquel tremendo bombardeo meteórico. Un viraje fue necesario para enderezarla y ponerla de nuevo en la ruta seguida, y otra vez se sintieron los desagradables efectos de la pérdida parcial de la gravedad artificial, hasta que esta pudo recobrase de nuevo. El *América* había salido bien de dos grandes pruebas inesperadas, pero ¿saldría igualmente bien de otras que se le presentaran?

La Luna se veía ya realmente enorme, mientras que la Tierra había disminuido considerablemente de tamaño. Claramente se percibía la configuración accidentada de la superficie lunar: los picos montañosos de nuestro satélite se miraban ya como si fuesen terrestres y altos anillos, a manera de murallas circulares, circundaban grises llanuras, partiendo de sus paredes en todas las direcciones estrías radiales hacia grandes explanadas cenicientas, mientras el sol reverberaba en ellas. Y comenzó a sentirse la fuerza de atracción de

la Luna. Se dio orden, por lo tanto, de frenar gradualmente la velocidad. El *América* iba cayendo, literalmente, sobre la Luna, cada vez con más fuerza, mientras ponía sus máquinas de propulsión atómica en retroceso para, en cierto modo, equilibrar y moderar convenientemente la caída. Un poco más de buena fortuna y llegarían a la Luna.

De pronto, un calor tremendo comenzó a desarrollarse en el interior de la cabina. No había duda de que algo extraño y sumamente peligroso estaba ocurriendo y podían todos perecer si no se le hallaba remedio. Una rápida inspección a las maquinarias y aparatos demostró que, sin embargo, todo marchaba en orden a bordo del cohete. El fenómeno, pues, se debía a una causa exterior. Pronto pudo comprobar el físico Alexander que la astronave era objeto de bastante fricción con un cuerpo extraño. El cohete pasaba por una pequeña nube cósmica bastante enrarecida, pero no obstante lo suficientemente densa, para acabar incendiando el *América* dentro de pocos minutos si no había forma de salir de ella. El capitán, Mr. Newman, mostró preocupación; pero, acostumbrado a encarar con determinación las situaciones difíciles, obró rápidamente, como por arte de inspiración, ordenando reducir notablemente la velocidad, con lo que disminuyó seguidamente la fricción, y los expedicionarios, que estaban sofocándose, sintieron primero más calor y luego gran alivio, pero no fue sino para sufrir momentáneamente inusitada incomodidad, porque de nuevo se trastornó la gravedad artificial y otra vez ocurrieron a bordo fenómenos tan extraños como intolerables. Gracias a que el contacto con la nube cósmica solo fue por una punta —como lo revelaron los aparatos detectores— y pronto la astronave pudo salvarse de esa nueva amenaza.

—Esto es peor que los aerolitos —exclamó el capitán Newman—, porque si llegamos a internarnos en una nube de estas es probable que no salgamos vivos de ella. Que se redoble la vigilancia, en este sentido, con los detectores corpusculares.

La nube cósmica fue quedando atrás, pero los expedicionarios habían pasado uno de sus más angustiosos momentos y un susto

soberano. Creían ciertamente que iban a morir. De nuevo, la astronave fue recobrando la normalidad y enderezando el rumbo. Hubo, sin embargo, un grave error: sucedió que como, por la precipitación del caso, la velocidad se disminuyó considerablemente y se ejercía en retroceso, la gravitación de la Luna se sintió con mayor potencia y el cohete navegó con mayor rapidez, y por un instante se sintió mayor calor aún; pero esto ayudó, no obstante, a salvar la situación, sacando totalmente al *América* del extremo de la nube cósmica. En el intervalo, la Luna había crecido mucho más aún: un poco más de viaje y la astronave tendría que alunizar.

Las estrellas, como flores de luz resplandecientes, iluminaban la ruta seguida por el cohete en el inmenso jardín estelar, hacia arriba, hacia abajo y hacia los lados, por los cuatro puntos del horizonte sideral. Por dondequiera estrellas, por dondequiera luz. La astronave, como un bajel de plata en medio de la inmensidad del universo, era el centro de una fulguración estelar sin precedentes, dondequiera que se dirigiera la vista. Y embellecían todavía más aquel grandioso espectáculo, virtualmente, dos lunas: la Tierra, enormemente iluminada —con un diámetro unas cuatro veces más grande que el de nuestro satélite comúnmente visto desde la Tierra durante el plenilunio— y la verdadera Luna, que ya no se miraba como desde nuestro planeta, sino como un gran globo que reflejaba la luz solar dejando ver claramente los encantadores accidentes de su geografía.

El *América* comenzó a aumentar paulatinamente la velocidad del retroceso, frenando poco a poco la intensidad de la caída sobre la Luna. Pronto, si la Luna tenía atmósfera se encontraría en ella. Pero esta no se observaba por parte alguna a la distancia a la que todavía se encontraban. La Luna estaba a la vista del *América* como una gran ciudad a la de un avión de pasajeros. El piloto comenzó a maniobrar para el alunizaje y se redoblaron, inútilmente, los esfuerzos para ponerse en comunicación con la Tierra.

Transcurridos unos minutos, la astronave se encontraba a unas 150 millas de la superficie lunar. Los instrumentos de astrofísica

trabajaban activamente. Especialmente, se dio comienzo a la fotografía de la superficie de la Luna con cámaras manufacturadas expresamente para ello, en diferentes áreas. En particular, el *América* debía dar primero varias vueltas a la Luna por distintos meridianos y paralelos, a velocidad moderada y distancia conveniente, para fotografiar lo más detalladamente posible su superficie, sobre todo la del hemisferio que nuestro satélite siempre nos oculta en su mayor parte. El cohete siguió aproximándose lentamente a la Luna, maniobrando con mucha precaución, hasta llegar bastante cerca de ella, dando su primera vuelta alrededor de aquel globo, apareciendo en toda su desnudez el hemisferio que nos es desconocido: tenía agua, aunque al parecer poco profunda. Debía, pues, también haber alguna clase de atmósfera en su superficie.

Otras vueltas al satélite comprobaron, con mejores detalles, estas apreciaciones, y el capitán ordenó, con arreglo a los consejos técnicos del astrónomo Weston, que se alunizara en el hemisferio opuesto a la Tierra, por ser desconocido casi del todo y, por lo tanto, muy digno de estudio. El alunizaje debía hacerse, sin embargo, en una localidad tal que no quedase lejos del otro hemisferio, de modo que los expedicionarios pudiesen pasar a pie fácilmente de uno al otro para estudiarlos. Esta disposición quitó no poco tiempo a los astronavegantes, mientras circundaban la Luna en vuelos sucesivos para escoger el punto apropiado para ello, a la vez que para conocer visualmente, de cerca, la topografía lunar.

Los expedicionarios volaron siguiendo diversos meridianos y paralelos, y pudieron observar y fotografiar cuidadosamente el resaltante cráter de Tycho, así como el de Copérnico y el de Kepler; el Mare Tranquillitatis, el Mare Serenitatis y el Mare Imbrium; el arroyo que corre paralelamente al borde interno de los Apeninos, visto por sobre la altura bastante elevada, de unos 5 400 metros, de estos montes; y muchísimos detalles orográficos y de topografía regular que fueron debidamente registrados para un estudio posterior. Se observó el tono gris, dominante en la superficie de la Luna, y la

fiera manera como las estrellas y el bravío Sol reverberan en aquel mundo extraño.

Al acercarse suficientemente, se dieron cuenta de la magnífica acción de una actividad volcánica peculiar, hoy en receso —si no extinguida del todo—, al observar las huellas de las intumescencias plutónicas pasadas, las cuales son visibles claramente aun desde gran altura sobre el satélite. En cuanto al hemisferio opuesto, pudieron darse perfecta cuenta de que su configuración difiere poco de la del que nos es conocido, salvo por la presencia del agua, que se observa a la manera de un gran lago, no mayor que el mar Muerto de nuestro planeta, lo que constituía un gran descubrimiento que seguramente interesaría a los astrónomos en la Tierra.

Las observaciones más interesantes fueron, sin embargo, relacionadas con algo cuya verdadera naturaleza no se pudo determinar con precisión. Al pasar el *América* por encima de una explanada, no muy distante del llamado muro recto o ferrocarril, los observadores pudieron ver algo muy significativo que se movía en ella como una multitud. A la distancia en que estaban de la superficie de la Luna, en verdad, no podían saber si se trataba de una nube de polvo a ras del suelo o si, como parecía más probable, era una bandada de animales, de cuadrúpedos o aun de pájaros muy grandes que volasen a baja altura, pues ya se daba por sentado que la Luna debía estar dotada de alguna atmósfera, toda vez que de agua no carecía.

Tal como una gran bandada de búfalos, que hubiese en tropel levantado el polvo ceniciento de la superficie, se había visto, a lo lejos, este fenómeno, y observadores tan perspicaces y experimentados como el naturalista Anderson y los exploradores Morgan y Dalton se inclinaban a creer que se trataba de verdaderos animales. Y si, como estaban por creer ya definitivamente con bastante fundamento, había animales en la Luna, ya tendrían para rato con ese satélite, aparte de que si tal ocurría debería también contar ese globo con “su rey de la creación”, que podría tenerles preparadas no pocas sorpresas, y muchas de ellas, por cierto, nada agradables. Pero a

enterarse de ello habían ellos ido principalmente a la Luna; y lo que hubiera, ya lo conocerían pronto y ocularmente.

Le parecía extraño a Anderson, no obstante, que de haber observado la presencia de animales en la superficie de la Luna, no se hubiese visto en ella todavía vegetación, pues de haber aquellos esta debería existir. La presencia de la vegetación ha precedido a la de los animales en la Tierra y les sirve de sostén —decía— y esto parece regla general. Podría suceder, sin embargo, que el color de la vegetación lunar fuese igual al del suelo, o poco diferente, y en este caso debía ser muy difícil distinguirla salvo a distancias razonables.

Pero lo que más llamó la atención de los expedicionarios, y particularmente la del ingeniero Newman, fue la vista de unas boas de humo, en gran número, en forma completamente simétrica, como si se tratase de una gran ciudad industrial como Chicago —de la que solo faltaban los rascacielos—, situadas cerca del Mare Imbrium. Este número extraordinario de chimeneas, tan armónicamente dispuesto, en contraste, en verdad, en este punto, con la práctica habitual de las grandes ciudades de la Tierra era revelador. Era imposible —pensaban los expedicionarios— que la naturaleza hubiese hecho por sí sola aquella vasta área sembrada de chimeneas, todas en actividad, de modo accidental, y en forma tan simétrica; y parecía indudable que en ello tenía parte la obra de un ser inteligente, el que probablemente sería en este caso el hombre de la Luna. Al aproximarse, se veían, en efecto, distintamente, no solamente bocas de humo, sino lo que parecían ser construcciones con largas y rectas chimeneas, sin que se pudieran apreciar más detalles por el color amarillento de una atmósfera relativamente baja en la que ya se encontraban dando vueltas. Indudablemente, la Luna les reservaba grandes sorpresas.

En estas consideraciones estaban cuando creyeron observar lo que precisamente habían presentido: una vegetación. A lo lejos divisaron los expedicionarios un espacio de vegetación gris, que parecía casi azulada en algunos trechos. De vez en cuando se veía aquella mancha, recortada al pie de un largo desfiladero, combarse por la

parte de arriba como si una mano gigantesca la peinase: era, al parecer, la acción del viento y, según todas las apariencias, debía ser un viento suave. Esta era, al menos, la opinión del naturalista de la expedición.

Habían llegado a un punto tal en las vueltas que el cohete había dado alrededor de la Luna en diferentes direcciones, que no podían ya distraerse o entretenerse en hacer observaciones más detenidas y cuidadosas, por cuanto circunstancias técnicas relacionadas con la regulación de la velocidad para el alunizaje se lo impedían, y así se vieron obligados a diferirlas para cuando estuviesen en la superficie de la Luna, si era que podían hacerlo allí posteriormente.

Era de absoluta necesidad, pues, alunizar sin pérdida de tiempo, para lo cual era menester hacerlo en el lugar más apropiado para ello. El punto escogido quedaba al borde del otro hemisferio, no muy lejos del valle Alding, situado del otro lado del satélite, siendo una razón para ello también el hecho del próximo cambio de la noche en día allí, para poder operar con la mayor visibilidad y acierto.

Durante la noche —que ya terminaba en el borde del otro hemisferio— la visibilidad no era mala del todo: la fulgurante luz de las estrellas, de una fiera tremenda, delineaba bien los contornos, aunque con cierta brusquedad del paisaje lunar. Hacia el punto escogido, un pequeño llano en medio de una topografía accidentada también, pero bastante diferente en ciertos aspectos de la del hemisferio conocido, se dirigió resueltamente el *América* para alunizar, no sin antes, como había sido convenido, se le avisase a los astrónomos terrestres que el astroavión iba a bajar a la Luna, para lo cual, al pasar por el llamado Mare Imbrium, por sobre el pico montañoso de Pitón, desde la astronave se lanzó un cohete explosivo de señales de gran luminosidad, que sería sin duda visto desde la Tierra. En efecto, de los astrónomos en guardia en los observatorios de la Tierra, unos reportaron haber visto la explosión del cohete de señales por sobre el Mare Imbrium, a la una en punto de la madrugada, mientras otros afirmaban no haber visto nada en absoluto. Pero la

cámara fotográfica reveló con toda evidencia que había ocurrido, ciertamente, a la hora indicada una explosión luminosa en la Luna por sobre el Mare Imbrium, que efectivamente podía ser la señal convenida con los expedicionarios. Alegaban, sin embargo, los que no estaban conformes con este parecer, que la hora parecía un poco retardada, ya que según los cálculos el *América*, en caso de su arribo a nuestro satélite, debería llegar allí no después de las doce y media de la noche, aun tomando en cuenta que diese algunas vueltas alrededor del globo lunar. A esto respondían otros que nadie sabía los obstáculos que la aeronave hubiera tenido que afrontar en su ruta, lo que podría haber retardado el viaje, añadiendo que una cosa eran los cálculos y la teoría y otra muy distinta la práctica verdadera de la astronavegación. Los más testarudos argumentaban que la explosión vista por sobre el pico montañoso de Pitón, en el Mare Imbrium, bien podía ser la de algún aerolito que casualmente cruzó por allí a esa hora. La duda, en todo caso, se abrió paso en la materia y no hubo forma de llegar a un acuerdo.

En la aeronave, entretanto, los expedicionarios estaban ocupadísimo en la maniobra del alunizaje. Mientras en nuestro planeta la preocupación por lo que parecía la pérdida irremediable de la aeronave con todos sus tripulantes continuaba, el *América*, unos pocos minutos después de haber dado la señal con el cohete luminoso, a la una y media de la mañana, hora de la Tierra, y después de cuatro horas y media de astronavegación, en que se perdió no poco tiempo buscando, observando y estudiando el lugar a propósito para ello — pues no se trataba de una bajada corriente como las que las aeronaves hacen en nuestro planeta—, hacía su descenso vertical sobre nuestro satélite y alunizaba.

El cohete cayó suavemente, con la velocidad completamente reducida, en un pequeño valle, sobre algo fofo, como sobre un piso de algodón. Enseguida se sintió un estremecimiento en la cámara y luego, tras la sensación de un violento deslizamiento, silencio y oscuridad; una oscuridad densa e impresionante que contrastaba con

la fulgurante luz de la Tierra y las estrellas, que era tan ostensible unos momentos antes.

El silencio dentro de la astronave fue igualmente aterrador. Por unos segundos no se escuchó voz alguna, como si todos estuvieran muertos. Por fin se oyó la voz del capitán:

—¡Serenidad! —dijo—. Hemos caído en algo que nos cubre. Tal vez un pequeño lago o un foso muy oscuro.

El piloto, sin embargo, estaba seguro de haber hecho descender el cohete en el lugar preciso que se le indicó: en un pequeño llano al parecer muy adecuado para alunizar, próximo a muchos otros parajes de configuración muy interesante para los exploradores. El lago que habían visto estaría a media jornada de distancia.

Nuevamente se oyó la voz segura, aunque grave, del capitán, que decía:

—Recomiendo a todos de nuevo serenidad. Hemos caído en algo de donde tenemos que hacer prontamente todo género de esfuerzos por salir. —Y después—: Hágase un reconocimiento con nuestros instrumentos del sitio en que nos encontramos atrapados.

Había aire en la cabina —eso era lo esencial— y había luz, luz artificial, pero aquello que envolvía la astronave era tan denso que la oscuridad era casi completa. Comenzaron los instrumentos a trabajar, a fin de inquirir qué les rodeaba. Tras quince minutos de angustia e intenso trabajo, el físico Alexander informaba:

—Recomiendo presencia de ánimo: estamos perdidos, pero, encontrándonos vivos, debemos confiar en que hallaremos posibilidades de salvación. El *América* ha quedado literalmente enterrado bajo una densa capa de polvo muy grueso y suave a la vez, probablemente material plutónico, que puede alcanzar cerca de dos metros de espesor. En otras palabras, estamos sepultados vivos, y el cohete es nuestro ataúd.

Y luego silencio, silencio en todos los labios.

III

El extraño mundo lunar

Sepultados vivos en la Luna, ¡tal era la situación!

Mientras los expedicionarios se encontraban en tan penoso percalce, enterrados vivos en la costra lunar, en la Tierra, ignorantes todos de cuanto pasaba en nuestro satélite, una onda nerviosa hacía vibrar todos los corazones de confín a confín, con la noticia de que los astrónomos del monte Wilson y el monte Palomar, en los Estados Unidos, y el de Tacubaya en México habían visto claramente —notificaban— la explosión del cohete luminoso de señales del *América* momentos antes de bajar a la Luna. Todos los periódicos de importancia, mediante breves boletines, y las radioemisoras en todos los países daban la noticia, aunque significando que, en opinión de ciertos astrónomos, que nada vieron, podría tratarse del paso por encima del Mare Imbrium de un aerolito luminoso. Con este motivo, las discusiones callejeras y entre los sabios eran interminables. Ni las botillerías ni los restaurantes habían cerrado en toda la noche en los Estados Unidos, y en Venezuela toda la nación estaba alerta no solo por el interés propio del asunto, sino también porque uno de los expedicionarios, Anderson, era venezolano de nacimiento y educación.

La prensa había sacado en tan corto tiempo algunos boletines, pero esta vez fue el *People's Guardian*, de Nueva York, el que se llevó la corona del triunfo, dando primero que todos los otros diarios la

noticia a altas horas de la madrugada, cuatro minutos después de haberse conocido por los astrónomos, con los siguientes titulares:

EL AMÉRICA LLEGA A LA LUNA

EL COHETE DA LA SEÑAL CONVENIDA PARA EL ALUNIZAJE
A LA UNA EN PUNTO DE LA MADRUGADA

Enseguida todos los periódicos, las radioemisoras, el telégrafo y el teléfono agitaban con sus conjeturas de todo orden a una humanidad sobreexcitada por la emoción, la sed de aventuras y el alcohol ingerido, y que no había dormido pendiente del resultado de la más arriesgada y original empresa de todos los tiempos. Las campanas de las iglesias de todos los credos repicaron jubilosamente como en día de fiesta; silbaron las sirenas públicas; y en el tope del Empire State Building se izó a esa hora una bandera estadounidense*. Los cafés, los *dancings*, las azoteas de los altos edificios armados de telescopios, y los puentes y parques de las ciudades y aldeas del continente y de Europa —y algunos lugares de Asia, África y Oceanía por igual— estaban llenos de público en número tal como nunca se había visto en el mundo, esperando pacientemente que se restableciese la comunicación con los expedicionarios y se supiesen las primeras nuevas de la Luna.

Pero, entretanto, la situación de los expedicionarios en la Luna no podía ser más desesperada. Una breve conferencia era celebrada a bordo del cohete enterrado entre el capitán, el naturalista Anderson y el físico Alexander. Creía el capitán que si sus colegas estaban conformes podría intentarse, aunque con serio peligro, un ascenso vertical del cohete para la liberación, de modo que levantase la costra que lo aprisionaba. De las investigaciones efectuadas rápidamente con aparatos de astrofísica, se llegó a la conclusión de que la astronave se había enterrado, sepultando a los expedicionarios en una capa de terrones pequeños que formaban una especie de granzón

* En el original: americana.

bastante suelto y liviano, pero de espesor relativamente grande. El peligro mayor, en caso de que se adoptase ese medio de liberación, era el que el cohete quedara destruido, y con él sus tripulantes; o si estos milagrosamente se salvaban quedaran confinados en la Luna para siempre.

Anderson había opinado, sobre la base de los datos obtenidos por diferentes instrumentos detectores, que los materiales lunares que envolvían al *América* eran livianos y sueltos, de naturaleza volcánica. Por eso, la presión ejercida por ellos —siempre menor que la que hubiera sido en la Tierra, a causa de la poca pesantez de las cosas en la Luna— no había aplastado o abollado el cohete. Podría ser, sin embargo —agregaba—, que estuviesen a punto de hacerlo y que un esfuerzo de ascensión muy poderoso diese al traste con la astronave y sus tripulantes. Alexander era del mismo parecer, pero argumentaba que una fuerza de ascensión que fuese débil y, por lo tanto, no tuviese suficiente arranque, podía poner en mayor peligro a todos: el cohete, como resultado, podía asumir una posición inconveniente al hacer esfuerzos infructuosos para salir a la superficie, quedando de lado o inclinado de proa, situación que acarrearía nuevos problemas, probablemente insolubles, para la obra de salvamento. Pero, por lo mismo, lo más importante era ahora calcular la densidad de la capa de tierra que los cubría.

Para ello se haría lo que se pudiera. Si la pequeña atmósfera de la Luna era bastante semejante a la de la Tierra, un método acústico permitiría calcular a qué profundidad se encontraban y qué presión, poco más o menos, tendrían que vencer para el ascenso, si es que este era posible. Si no era semejante, peor. Se encendió un potente reflector, que dio una luz difusa en medio de la oscuridad gracias a un acumulador eléctrico de nuevo tipo de que se disponía. En la semipenumbra de esa luz se veían las cabezas agitadas, de rostros preocupados, de los expedicionarios.

La conferencia entre los expertos terminó prontamente, después de estudiar varias posibilidades técnicas de importancia y después

de haber determinado con precisión la profundidad a que estaban, merced al método acústico empleado, y con el sorprendente descubrimiento experimentado de que había una atmósfera en la Luna realmente semejante a la de la Tierra —ya que reaccionaba de modo similar—, pudiendo así, por medio del sonido, calcular aproximadamente el espesor de la capa de materiales volcánicos bajo los cuales se encontraban sepultados, habiendo estimado su peso y resistencia, de acuerdo con la gravedad peculiar de nuestro satélite, y habiéndose resuelto el ascenso vertical del cohete a toda máquina, manioobra muy peligrosa, especialmente si se considera que la expansión de arranque que iban a poner en vigor casi equilibraba por un pequeño margen a su favor la presión que tenía que vencer.

La voz severa y grave del capitán alertó a la tripulación:

—Se ha resuelto el ascenso —dijo— con todo el empuje de nuestra máquina de arranque, en vista de los tanteos y cálculos efectuados. La operación está llena de peligros y debemos estar preparados para recibirlos con entereza y afrontarlos con decisión. Es una maniobra audaz y arriesgada, en la que puede quedar destruida la astronave y muertos sus tripulantes; pero, señores, es nuestro único medio de salvación.

Y, tras una breve pausa, agregó:

—¡Todo el mundo a su puesto!

Instantes después, el capitán daba la orden de ascenso vertical con toda la velocidad de arranque. El cohete se sintió crujir, vibraron estrepitosamente todas sus piezas y un sordo tableteo se escapó de la cámara. A poco todo el cohete se calentaba considerablemente, sin moverse de su sitio. El capitán ordenó sostener la impulsión y a los pocos segundos la astronave se revolcó literalmente en su fosa, emprendiendo el ascenso por entre un alud de piedrecillas y polvo, silbando y bufando como un dinosaurio diabólico que pudiese alzar el vuelo desde un revolcadero de arena y grava.

De pronto se hizo la luz, brillaron la Tierra y las estrellas, y el *América*, sano y salvo, salía todo cubierto de polvo grisáceo a una

atmósfera tranquila y de color de ámbar. “¡Nos hemos salvado!” se dijeron todos los tripulantes en su interior, y la Srta. Brewster entonó enseguida el himno americano, que corearon entusiasmados todos los expedicionarios.

Tenían motivos para alegrarse, como que verdaderamente habían salido de la tumba. Ahora la empresa más seria era la de alunizar de nuevo en un sitio fuera de todo peligro. La experiencia que tenían no era para arriesgarse a caer de nuevo en otra fosa. El *América*, pues, optó por volar a baja altura, observando cuidadosamente el relieve del suelo, hasta donde le permitía la luz nocturna, que era bastante clara dadas las condiciones especiales de nuestro satélite, iluminado con toda su fuerza por la Tierra —que era una especie de Luna gigante— y las estrellas.

Tras cuidadoso examen con un reflector de proa, los expedicionarios escogieron un punto para el nuevo alunizaje no lejos del primero en que habían fracasado. Este nuevo sitio escogido era indudablemente tierra firme y quedaba cerca de un desfiladero que le servía de fondo. Se ordenó, pues, el alunizaje en tal paraje, y a los pocos segundos el *América* alunizaba con toda felicidad, de manera definitiva, en nuestro satélite. Con todas las precauciones del caso, se procedió a abrir las compuestas para pisar tierra y el primero que tal hizo fue el capitán, quien dijo haber un frío tremendo en el exterior de la astronave —esta llevaba calefacción—, y luego lo siguieron Morgan y Dalton y, por último, el resto de la tripulación. ¡El hombre ponía el pie, por primera vez, en la Luna!

—¡Qué bello espectáculo! —exclamó la Srta. Brewster—. Si no fuera por este frío tan intenso, podíamos pensar que nos encontraríamos en un campo abierto de California. ¡Qué lástima que se encuentren interrumpidas las comunicaciones con la Tierra y que no podamos comunicar a nuestros congéneres tan extraordinario acontecimiento!

Todos estaban parados junto al cohete, sin moverse de sitio, absortos, mirando a aquel mundo gris en sus propias narices. Sí,

mirando en su propio seno a aquel mundo de apariencia grisácea, con atmósfera de ámbar, fantásticamente iluminado por las cien mil maravillas de su noche espectacular.

—Señores —dijo el capitán—, démonos por muy bien servidos de haber llegado al fin salvos a la Luna y con el *América* sin desperfecto alguno, después de los serios aprietos en que nos hemos visto y, sobre todo, celebremos la dicha que tenemos al habernos encontrado con una atmósfera similar a la de la Tierra, de modo que ni siquiera hemos tenido necesidad de usar nuestras máscaras de oxígeno. Esta atmósfera, aunque baja y algo densa, debe de ser tan rica como la nuestra en oxígeno, no hay duda. Pero, amigos míos, pronto habrá de amanecer aquí en la Luna, dentro de unas horas; del intenso frío pasaremos bruscamente a un calor terrible, que todavía no sabemos si lo podremos sobrellevar, aunque estaremos entonces en mejores condiciones de visibilidad para explorar este satélite. Entretanto, que se monte guardia, lo que queda a cargo del piloto en cuanto a facultad para designarla, con relevo de hora en hora, por lo que pueda suceder; y ahora todos los que no están en custodia, a dormir, a reponer las fuerzas durante las horas que faltan para el amanecer.

Así se hizo, todos entraron al abrigado recinto del cohete, y los que no estaban de guardia se acostaron a dormir, cómodamente, el primer sueño que seres humanos disfrutaban en la Luna.

Cuando se despertaron, ya era de día en nuestro satélite: un día que duraría, como siempre, catorce días nuestros en aquel astro. Los expedicionarios se vistieron con su traje de exploración, con cuchillo, machete y revólver al cinto y fusil al hombro, llevando Dalton y Morgan, además, sogas como los vaqueros de México y salieron a ver la tierra lunar. Todos llevaban zapatos de plomo con entresuela de asbesto y pequeñas piezas de hierro sujetas a las muñecas, que ya habían usado al salir del cohete unas horas antes, a objeto de no rebotar en la Luna, como sucedería si no las llevasen puestas a causa de la escasa pesantez del globo lunar. Con todo, se sentían extraños al andar: les parecía que se habían alivianado considerablemente, como

por obra de magia. Todo lo hacían con poco esfuerzo, y cuando calculaban un movimiento y lo hacían, les resultaba siempre mayor de lo que pensaban hacerlo. Era una situación extraña y nada cómoda a la que se estaban adaptando. En todo caso, siendo más livianos, les parecía que tenían más ventajas que en la Tierra para cualquier género de lucha física.

—No es bueno que el cohete quede solo —exclamó de repente el capitán—. Vale más pecar por precavido que fracasar por imprevisto. Que los copilotos, Nelson y Richardson, monten guardia en el avión *América*, y que los Sres. Hamilton, Drake y Audel, expertos en comunicaciones, traten de restablecerlas con la Tierra. Todos los demás iremos a practicar un reconocimiento.

De esta manera, quedaron cinco hombres cómodamente instalados en la astronave, disfrutando de aire acondicionado, mientras que las otras quince personas de la expedición tenían que soportar en el exterior un calor intenso, encontrándose sudorosos.

—Aquí sí es verdad —dijo Martin, el químico— que se cumple literalmente la frase española de que “se suda la gota gorda”.

—Lástima de mundo —dijo Bentley, el médico—: si no nos congelamos, nos derretimos. —Y todos largaron la risa.

—Si vamos a empezar con esas quejas —dijo Anderson—, no vamos a ir muy lejos: en la Tierra, en Siberia y en ciertos lugares de los trópicos, ya sabemos que existen parajes de climatología tan cruda como esta.

—Es verdad —apoyó Morgan—, ya nos adaptaremos, nos sentiremos bien y aun podrá hacerse el amor.

—Caballero —repuso la Srta. Brewster—, eso es una sátira, puesto que soy la única mujer que existe en la Luna, y sin mujer no hay amor posible, a menos que sea el de los animales. La verdad es que tengo demasiado calor para pensar en esas cosas.

—Pues ya se adaptará —contestó Morgan—, ¡y quién sabe!

Todos se rieron nuevamente y la conversación decayó en este punto, porque algo, de improviso, les llamó a todos la atención.

Vieron el lago que antes habían visto desde el cielo, cuando trataban de alunizar con el *América*, y quedaría a poco menos de media jornada, según estimaban.

—¡Pero Santo Dios! —exclamó el capitán—. No se nos ocurrió sacar las motocicletas.

—Ni tampoco los perros y los caballos —recordó Anderson.

—Estamos comportándonos como novatos —afirmó Dalton.

—La verdad es que con los contratiempos habidos se nos ha obnubilado la mente —comentó el capitán— y no era para menos. A mí tampoco se me ocurrió nada de eso, mejor dicho, no recordé que disponíamos de esos recursos. En consecuencia, tendremos ahora que limitarnos a un reconocimiento a pie en radio muy circunscrito —lo que es preferible a tener que devolvemos en busca de las motocicletas, los perros y los caballos—, y luego, en la próxima salida, después del almuerzo, haremos una incursión en regla.

Mucho más acá del lago, al través del aire ambarino de la Luna, los expedicionarios vieron de pronto una significativa mancha grisácea.

—Aquello es una vegetación —exclamó Anderson.

—Sí, una vegetación gris, no hay duda —corroboró Wilson, el piloto.

De pronto aquella vegetación se cimbró, como si fuese una masa azotada por el viento. En un momento pareció que se inclinaba hacia abajo.

—Deben ser de tallos débiles esas plantas —afirmó Anderson—. De no, no las cimbraría un viento suave en tal forma, como si se doblgasen a ras de tierra.

—Pero si no hay viento —repuso Morgan.

—Pues sí que lo hay —argumentó Anderson—, no aquí, pero allá; lo prueba el hecho de que las plantas se cimbran.

—Pero en un lugar polvoriento como este, el polvo no se levanta, lo que sucedería por suave que fuese el viento. Eso es lo que he podido observar con mis binóculos.

—Deben estar empañados —contestó, con cierta sequedad, Anderson.

El diálogo quedó en este punto y, como la vegetación estaba ya relativamente cerca, allá se dirigieron. Era apenas una pequeña área cubierta de vegetación.

—Esto es lo que se llama “una mata” en los Llanos de Venezuela —dijo Anderson.

Pronto estuvieron todos allá y se quedaron, a la distancia de pocos metros, observando aquellas plantas extrañas. Tenían un color grisáceo que algunas veces se encuentra también, por cierto, con una gran belleza, en plantas de la Tierra. Sus hojas eran grandes y fuertes, y su altura, mediana, como la de los arbustos de nuestro planeta. Según las apariencias, tenían tallos flexibles, y estos, así como las ramas, estaban cubiertos de pelillos semichamuscados.

—¡Cuán sabia es la naturaleza! —exclamó Anderson—. Esos pelillos semichamuscados de esas plantas son inútiles durante el día; pero puede asegurarse sin equivocación que en lo que sobreviene la noche, de catorce días de duración aquí en la Luna, ellos reviven, se hinchan con la humedad exterior que absorben y resguardan las plantas de las inclemencias del frío. Y esas hojas carnosas arrugadas que ustedes observan obedecen a la misma causa. Durante el largo día lunar —puedo anticiparlo con seguridad—, continúan perdiendo su carnosidad, haciéndose más fofas todavía, aunque sería más correcto decir que van perdiendo su agua. El fenómeno se explica admitiendo, como parece muy razonable, que las plantas almacenan agua durante la larga noche lunar, habilitándose así, por su reserva acuosa, para ayudar a la supervivencia de las plantas en su enorme gasto de energía durante el no menos largo día de los seletitas, por causa de la evaporación.

—Está bien, señor naturalista —respondió la Srta. Brewster—, pero ¿no ha reparado usted en esas flores tan bellas?

Y diciendo esto se abalanzó a coger una de aquellas bellas flores, que eran también grises, aunque algo más pálidas que las plantas.

De pronto, un grito de terror escapó de la garganta de la Srta. Brewster y una exclamación de asombro del pecho de los hombres, mientras una planta que se destacaba un poco aparte entre la vegetación se inclinaba sobre ella y la apretujaba fuertemente, como si quisiera constreñirla.

Con rapidez extraordinaria, Anderson primero, y luego Dalton y Morgan, machete en mano, seguidos del capitán, derribaron de varios tajos la planta asesina y salvaron de una muerte segura a la famosa corresponsal del *World News*, que, desmayada, volvió en sí a los pocos segundos.

—¿Le hizo daño? —le preguntaron.

—Sí, siento un ardor insufrible —repuso ella— en el pecho y los brazos y dondequiera que me rozó esa planta. No pude imaginarme nunca que una planta pudiera atacar así. ¡Esto es horroroso!

Todos se inclinaron sobre ella y pudieron ver las ampollas que le había causado, con una secreción viscosa, la planta. La vio el médico, sacó de su alforja un medicamento, la lavó reventando las ampollas y dijo:

—Se trata de un digestivo, una especie de jugo gástrico poderoso y de carácter cáustico, que al principio causa ampolladuras y acaba por digerir a la víctima, nutriéndose la planta de ella; pero como esa operación requiere por lo menos unos cuantos minutos, y ya está lavada la lesión, esto no pasará de allí.

—Tendremos que andar con tiento con la vegetación lunar —dijo Anderson—. Esto demuestra que las plantas carnívoras aquí son cosa común, y otra cosa más, muy importante: que hay animales, puesto que de ellos se nutren estos arbustos.

—Correcta es su observación —aprobó Morgan—. En cuanto a plantas carnívoras, en la Tierra también las hay, aunque no tan asesinas, ni son cosa común, siendo poco conocidas de la gente. Recuerdo que una vez en el África salvé a una paloma mensajera que incautamente se posó en la rama de una de esas plantas. La planta encorvó sus hojas, capturó la paloma y empezó de una vez a digerirla con

una secreción, tal como quería hacer esta otra con la Srta. Brewster, y entonces me acerqué y libérté con mi cuchillo a la avecilla de las garras de la carnicera.

—¡Conque plantas antropófagas aquí! —exclamó Anderson—. Ahora me explico por qué se cimbraba hace poco esa vegetación. No estaban sino las plantas esperando que todos nos acercáramos para devorarnos y lo hubieran logrado si de repente todos nos hubiéramos internado en el bosquecillo.

—Por lo que parece esto es bastante común en la vegetación lunar y, si es así, debe de haber una gran cantidad de animales que les sirven de sustento, probablemente muchos pájaros e insectos de gran tamaño, pues, como pueden ustedes observar ahora, allá en el confín se divisan otras manchas de vegetación de la misma clase, y por cierto más copiosas —comentó el capitán.

Siguieron caminando en silencio, por un buen rato, observándolo todo y haciendo frecuente uso de los binóculos. Una bandada de pájaros extraños, con un soberbio copete, pasó de improviso graznando por encima de sus cabezas. Tenían la cola negra, el cuerpo azul, las alas rojas y largas y el pico nacarino.

La cámara fotográfica entró en acción y se quedaron maravillados de la facilidad con que la naturaleza prodiga en todas partes sus criaturas.

Luego otra bandada de pájaros mucho más pequeños, semejantes a gorriones, pero con el pico muy largo. Y a poco otros seres voladores, en número como de doce, pero esta vez no se trataba de pájaros, sino de insectos grandísimos, del tamaño de una garza.

—¡Malo, malo, malo! —exclamó Anderson.

Y como le preguntaran qué quería decir, contestó:

—Estos insectos tan grandes me hacen sospechar que tendrá no pocos inconvenientes la conquista de la Luna. Esto significa, señores, con toda probabilidad, que el rey de este satélite es posiblemente un gran insecto. El insecto representa el pináculo de la evolución orgánica, y si es que aquí ha logrado evolucionar hacia un gran

tamaño, como ya lo estamos viendo, y dada la formidable máquina destructora que poseen, es indudable que se habrá impuesto a todos los demás seres vivientes de este mundo.

En esto estaban cuando el radioreceptor portátil de Alexander comenzó a hacer clic, clic, clic, y luego:

—¡Aló, aló, aló! Atención, expedicionarios a la Luna. Habla la guardia del *América* desde la propia astronave. Estamos viendo a los primeros habitantes de la Luna. En este momento pasan por el desfile, en buen número, cerca de nosotros, sin darse cuenta al parecer de la presencia del cohete.

Y cesó la información. Como se ve, mientras las comunicaciones con la Tierra estaban interrumpidas, las de la Luna —que no tenían radar— funcionaban perfectamente bien.

El capitán Newman ordenó el regreso inmediato al cohete y la Srta. Brewster se dio tanta prisa que resbaló y por un tris no cayó de bruces.

—Cuidado, señorita, le previno Anderson: podría usted malograrse las piernas.

—Descuide usted —repuso ella—: no caigo fácilmente; tengo buenas piernas.

—Ya sé que las tiene usted muy buenas, por eso quiero que las conserve sanas —se apresuró a responder Anderson.

Luego siguieron andando, cada quien ensimismado en sus propios pensamientos, contemplando aquel paisaje extraño, la tierra gris, la vegetación plomiza, la atmósfera de ámbar y un sol de fuego.

IV

Una civilización subterránea

Los exploradores regresaron al *América* y se reunieron con sus compañeros, relatándose mutuamente lo que habían visto. Los del cohete informaron haber visto seres en muchos aspectos semejantes a los humanos, aunque diferentes a ellos en muchos otros. Describieron a esos seres como bípedos; por delante con el rostro semejante al de un ser humano y extremidades igualmente similares, con manos de seis dedos, uno antepuesto como el pulgar, ojos muy vivos y porte desenvuelto, pero con la particularidad de que se ponían boca abajo y entonces por la espalda mostraban lo que parecía ser una concha dura que seguramente les serviría de protección. Pasaban por el desfiladero conduciendo, al parecer, una carga que llevaban en carros en forma de tabaco e indudablemente movidos por fuerza eléctrica o alguna otra análoga. El convoy se detuvo a mitad del desfiladero y entonces bajaron de los carros fusiformes aquellos selenitas, que enseguida pudieron ver con catalejos bastante bien. Por la rapidez con que los carros se movían, no había duda de que eran impulsados por una fuerza muy poderosa, como la eléctrica o la atómica. Al parecer se trataba de una estación, en donde aquellos seres bajaron del tren y luego subieron a él. Se les vio aglomerarse por un rato, mientras el convoy se detenía, sin que se hubiera podido determinar en qué se ocupaban, si bien parecía que se trataba del transporte de una carga. Lo más raro de todo fue la forma como aquellos seres

extraños desaparecieron de aquel punto con su tren o convoy, sin que los hubieran visto dirigirse a ninguna parte, de modo que habían dado la impresión de que se los hubiese tragado la Luna.

Todos los expedicionarios se mostraron muy intrigados por este descubrimiento y oído el relato, el capitán Newman ordenó que se sirviera el almuerzo —consistente, como todas las demás comidas, principalmente de conservas enlatadas—. Después de comer dejó solamente a los radiotelefonistas, Audel y Baker, de guardia en el cohete, armados de ametralladoras, ordenándoles vigilar cuidadosamente los contornos, y el resto de la expedición salió a hacer una exploración a fondo: un grupo de motocicletas, por el lado derecho del lago, y otro a caballo, a examinar aquellos parajes, con el propósito de reunirse luego hacia el punto medio de la parte opuesta del lago, de donde regresarían juntos al *América*.

Tanto los caballos como los perros y las motocicletas llevaban planchas de hierro pequeñas, convenientemente colocadas para contrarrestar el efecto de la escasa pesantez de la Luna, y lo mismo los exploradores. En cuanto a la presión atmosférica, era más o menos como la de las grandes alturas de la Tierra, pues si por una parte la atmósfera de la Luna era bastante baja, por la otra compensaba esa falla por la mayor densidad de los gases que la constituían. De esta manera los exploradores, aparte del excesivo calor que experimentaban, no obstante los trajes anticalóricos especiales que llevaban, se sentían, a pesar de todo, con mucho ánimo de trabajar.

Los motociclistas cubrieron rápidamente la distancia que los separaba de la ribera del lago sin que en el trayecto observaran, a vuelo de pájaro, nada particular. Llegaron a la orilla y examinaron el agua. Uno de ellos, el químico Martin, a primera vista pudo asegurar que se trataba no de agua igual a la de nuestro planeta, sino de un isótopo, agua pesada, que le parecía podía utilizarse para la fabricación de la bomba atómica. No era, desde luego, agua potable, y la expedición tendría que depender, al menos mientras pudieran fabricarla sintéticamente o tratar químicamente la de la Luna, de la que habían llevado

de la Tierra. El lago era en verdad bello y pudieron observar en él algunos peces, cuando saltaban y asomaban sus cuerpos realmente extraños por encima de la superficie, relumbrando con tonos plateados a la luz del Sol. Luego examinaron algunos bosques vecinos, bordeándolos, los cuales estaban constituidos por plantas no carnívoras, la mayoría fanerógamas, habiendo algunas de color verdoso y de tallos leñosos, que se elevaban a una altura de unos treinta metros. Tales bosques, aunque de bello aspecto y agradable disposición, no invitaban a que se descansara en ellos, debido precisamente al gran número de árboles altos, los que, estando provistos de copiosa fronda, proyectaban cerrada sombra bajo la cual hacía, en contraste con el intenso calor de fuera, un frío invernal.

En la orilla vieron también lo que podría calificarse como juncos, aunque de especie totalmente desconocida en la Tierra. Contemplaron con admiración varios pájaros acuáticos de las más caprichosas formas y de vistosísimos colores, e insectos raros en gran número. Finalmente, en la tierra húmeda pudieron contemplar por largo rato huellas, huellas frescas, de animales que andaban en bandada y que parecían de perros enormes. Dalton, que iba en este grupo, pudo comprobar que una bestia desconocida, y que ha debido ser también de gran tamaño, estaba echada al pie de una planta cargada de dulce fruto hasta el momento en que los expedicionarios llegaron allí, como lo probaba el hecho de que el lugar donde se encontraba seesteándose se hallase deprimido a la orilla humedecida del lago.

—Estos animales —dijo el gran explorador— probablemente bajan a la playa a refrescarse con la arena húmeda; una arena gris y muy menuda.

El otro grupo de exploradores, compuesto de varios hombres y una mujer (iba en él la Srta. Brewster, excelente jinete) iba a caballo y llevaba perros entrenados para la exploración. Este grupo tardó bastante tiempo en reunirse con el otro, no solo porque disponía de un medio de locomoción mucho más lento, sino también por cuanto se había detenido a examinarlo todo minuciosamente.

Anderson y la Srta. Brewster —que visiblemente habían simpatizado mucho y cuyos amoríos constituían la comidilla de los demás expedicionarios— gustaban cada vez más el uno del otro y, dejando su cabalgadura al pie de un árbol seco que en el camino había, diciendo a sus compañeros que ya se reunirían con ellos más adelante, dándoles alcance, se internaron por un paraje cubierto a trechos de unos arbustos cargados de frutas que semejaban manzanas, en persecución de un par de animalitos muy graciosos que parecían conejos; pero pronto se olvidaron de estos y probaron de aquel fruto, que picado de pajaritos e insectos, sabían ya que no era venenoso.

—Permite que sea yo —dijo jocosamente la Brewster a Anderson— la Eva de la Luna, al brindarte esta manzana.

Ambos rieron de buena gana y luego Anderson repuso:

—Acepto la oferta, y en serio, y disponga el hado que seamos nosotros dos precisamente los que iniciemos el curso evolutivo de la humanidad en la Luna.

Ambos rieron de nuevo y se sentaron en un pintoresco sitio al borde de una peña. Allí estaban, olvidándose de lo que tenían que hacer en la Luna, prodigándose toda clase de mimos y galanterías, cuando notaron que un brillo extraño, una fulguración que partía del suelo, a cierta distancia, los ofuscaba por momentos.

—Mira, ¿qué es eso? —dijo ella y, sin esperar respuesta, corrió hacia el lugar, siguiéndola Anderson.

Llegó jadeando al sitio, pero con fuerzas todavía para gritar loca de alegría:

—¡Querido, es oro, oro! —Y repetía—: ¡Oro, oro!

Llegó Anderson corriendo al mismo lugar y se quedó asombrado del hallazgo. En efecto, era oro y de la mejor clase. A diferencia de las formaciones auríferas corrientes de la Tierra, esta de la Luna se encontraba a flor de suelo y sobresalía en muchas partes como si se tratase de piedras, en tamaños de hasta dos kilogramos.

—¡Oro, oro, oro! —musitó Anderson, y se quedó pensativo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella, viéndolo así.

—Estoy pensando lo grave que puede ser para todos nosotros este hallazgo, querida.

—¿Grave, dices? ¿Por qué? ¿No es precisamente una gran fortuna para todos nosotros? ¡Somos ricos, querido, somos ricos!

—Sí somos ricos, pero la riqueza puede conducirnos a la desgracia. El oro, querida, ha sido fuente de desdichas sin número. En México y Perú fue la causa de la ruina de dos hermosas civilizaciones. No sería extraño que fuese también la causa de muchas desgracias en las que pudiéramos ser nosotros actores y la de la ruina también de la civilización de este satélite, ya que, por todos los indicios que tenemos hasta ahora, es casi seguro que tendremos que afrontar muy pronto a seres civilizados de este mundo.

—Estás muy filosófico; pero el mundo, creo yo, es acción, no filosofía, y tan cierto como eso que acabas de decir es que necesitamos dinero —es decir, oro—, no para nuestro lucro personal, sino para continuar las expediciones a la Luna y rematar magistralmente nuestra obra.

—Es cierto también, pero tendremos que tomar nuestras precauciones. Si damos ahora mismo cuenta de nuestro sensacional descubrimiento, las reacciones entre nuestros compañeros —aunque no lo parezca— pueden ser tan imperiosas como sorprendentes: podrían desvirtuar el verdadero objeto de nuestra expedición a este satélite, convirtiéndola en una simple búsqueda de oro, y pudiera ser que muchas de las demás que se hiciesen luego no tuviesen otro propósito, con mengua para la ciencia y el progreso de la humanidad. Aunque esto último, en verdad, no veo la forma de evitarlo si se considera que tarde o temprano conocerán el secreto.

—Querido, no podría yo prever lo que pudiera suceder. En efecto, el oro es mal consejero. Por causa, en efecto, y siendo ya el propósito fundamental obtener oro, podría desarrollarse una guerra cruenta entre los habitantes de nuestro planeta y los de la Luna, pasando de la guerra mundial a la interestelar. Y, además, como lo has

previsto, podría desviar la atención de varios de nosotros mismos en esta expedición y conducirnos quién sabe a qué extremos.

—¡Oh, vil metal, como dijo un poeta!

—¡El oro! ¡El oro!

—Pienso, querida, que debemos valernos de una estratagema. No digamos a nadie absolutamente nada de esto; que nadie, fuera de nosotros, por ahora, sepa que existe en la Luna tan rico yacimiento de oro, capaz por sí solo de colmar todos los bancos de la Tierra, aparte de las otras minas auríferas igualmente ricas que pueda haber en el satélite. Como naturalista tengo derecho a recoger las muestras mineralógicas que juzgue convenientes. Así, pues, tomaremos el oro que podamos, lo envolveremos y clasificaremos como tales muestras y lo llevaremos a la Tierra y solo entonces, y después de tomar todas las precauciones, daremos cuenta de nuestro descubrimiento y resolveremos el mejor uso que podamos darle.

Así se convino y de una vez envolvieron en hojas grandes y fuertes que arrancaron de plantas cercanas todo el oro que pudieron.

Estando en eso, los otros de a caballo notaron la demora que habían tenido Anderson y la Brewster y sonaron un silbato, que fue contestado con otro por ellos, saliendo al camino y metiendo en las mochilas de las sillas de sus caballos una buena cantidad de oro en piezas gruesas como guijarros, partiendo enseguida al encuentro de los otros cabalgadores a todo galope. Pronto estuvieron con ellos y manifestaron haber recogido unas muestras mineralógicas que eran de poco interés por el momento, pudiendo saberse para qué servirían solo después de ser examinadas en los laboratorios de la Tierra. Luego todos continuaron su camino hacia el punto de convergencia con los motociclistas convenido de antemano.

Entretanto, los otros exploradores de las motocicletas contemplaban un espectáculo que al hombre civilizado nunca le había sido dado presenciar en nuestro globo. Se encontraban a la orilla del lago, que habían bautizado con el nombre de Magallanes, cuando vieron de pronto removerse estrepitosamente sus aguas poco profundas y

de un torbellino surgir, como un monstruo apocalíptico, un animal gigantesco, espantoso y extraño, una especie de mole viviente, con muestras de gran ferocidad, caminando desafiante y bufando escandalosa y terriblemente, mientras se dirigía de frente y en dirección oblicua con respecto al sitio en que se encontraban los observadores.

Enseguida, como si lo hubiese estado esperando, surgió una bandada de animales de tipo canino de gran tamaño, o perros gigantescos —la especie que había dibujado sus huellas en la arena— lanzando unos ladridos largos y profundos, en persecución del rascacielos viviente, permítaseme la expresión, que había salido de las aguas, hostigándole ferozmente. El ciclópeo animal se detuvo un momento, sin que los perrazos, que más parecían osos por el tamaño, pero muy ágiles, se atreviesen a acercársele mucho, hasta que aquel, describiendo un semicírculo, se sumergió bajo la superficie del lago.

Los perrazos lunares, tan pronto como desapareció aquella bestia apocalíptica bajo las aguas lacustres, se internaron en el bosque de árboles grandísimos de donde habían surgido, con su aspecto monstruoso y rápidos movimientos, al mismo tiempo que de aquellas elevadas coníferas se levantaba, de donde ellos pasaban, un pterodáctilo o reptil-pájaro inmenso, cuyas alas extendidas de extremo a extremo podrían tener unos seis metros, proyectando una sombra momentánea que zigzagueó un instante por encima de la cabeza de los expedicionarios y graznando estentóreamente bajo los rayos calcinantes del Sol, en tanto que los seres humanos que allí había contemplaban asombrados aquel extraño espectáculo.

—Curioso mundo este —dijo, atónito, el geólogo Raymond—: un mundo viejo con una población vegetal y animal todavía primitiva.

—Entonces será más bien un mundo nuevo —argumentó Maxim.

—Un mundo primitivo —corroboró Warner.

—Sin embargo, geológicamente es un mundo viejo —replicó Raymond.

—Todos tienen razón en parte —sentenció Weston—. Flammarion ha escrito con mucho acierto que “la Luna es una hija más vieja que su

madre". Es decir, que proviniendo del seno de la Tierra, cuando esta era todavía casi incandescente, al enfriarse más rápidamente que aquella por su menor volumen se ha envejecido primero, pero también con animales de factura primitiva, que es precisamente lo que no se explica.

—Lo que ocurre tal vez —dijo Dalton— no es tan difícil de explicar. En la Tierra algunas de esas especies primitivas desaparecieron súbitamente por efecto de tremendas catástrofes o calamidades que se presentaron de improviso y las que aquellos seres no pudieron soportar, por la violencia o el carácter subitáneo con que se presentaron. Ahora bien, quizás no sea ese el caso de la Luna y por eso vemos en ella al lado de una civilización que parece adelantada —toda vez que aunque sin conocerla sabemos ya que dispone de trenes— una población animal y vegetal bastante primitiva, que ha subsistido desde los primeros tiempos. Esto no debe sernos extraño si se considera que en la Tierra ha ocurrido lo mismo con algunas especies: los gusanos y el grillo, por ejemplo. Los gusanos los encontramos en el tronco mismo de la evolución zoológica, y en cuanto al grillo, ¡qué viejo es! Contra ellos no ha podido nada el tiempo, y en cambio entre nosotros han desaparecido el dinosaurio y el pterodáctilo, que, por lo visto, dan todavía qué hacer en la Luna.

—Estaba pensando en eso mismo —dijo Raymond—, pero usted se me adelantó. Se trata, en efecto, de una teoría plausible, que usted ha expuesto sintéticamente de la manera más apropiada.

En eso comenzó a dar señales de atención el radioreceptor de Simpson: clic, clic. Y enseguida:

—Atención, expedicionarios de la Luna. Habla la guardia del *América*... se repite el caso de los selenitas del desfiladero... en este momento el tren llega al punto medio... se detiene... ahora bajan los pasajeros o funcionarios del tren: no podemos determinar sus funciones... hay un abejeo entre ellos... un hormigueo inexplicable... ora se yerguen como bípedos, ora se echan como insectos... los estamos viendo desde muy cerca del cohete, con catalejos... sí, son insectos, y a la vez bípedos por la manera de erguirse y de caminar... pero

también caminan boca abajo... tienen una cubierta protectora por la espalda, una especie de concha, presentando un aspecto semejante entonces al de verdaderas cucarachas, pero sus movimientos son rápidos... ahora abren dos alas... sí, la concha está constituida por dos alas, que se pliegan por detrás y les sirve de protección... probablemente se trata de seres que pueden volar... Estos grandes insectos por la parte delantera, sin embargo, tienen aspecto casi humano... en este momento se yerguen... ahora suben al tren, formado por quince vagones... estos tienen forma de tabaco, abultados por el centro, con una longitud de más o menos doce metros cada uno... Desaparecen, señores... en este momento va desapareciendo el tren... ha desaparecido ya totalmente... se ha hundido a mitad del desfiladero... como si se lo hubiese tragado la Luna... —Y cesó la comunicación.

En ese mismo momento, cuando el locutor pronunciaba las últimas palabras, llegaron los de a caballo, quienes fueron concisa pero completamente bien informados de todo, y juntos se dirigieron al *América*; los cabalgadores a la mayor velocidad que los perros que los seguían lo permitían y los motociclistas moderando la marcha y deteniéndose de trecho en trecho para esperar a los demás, aunque a menudo en la vanguardia.

Cuando iban a mitad de camino bajó hacia ellos una nube de mariposas grandísimas, del tamaño de una paloma, y entonces los expedicionarios hicieron alto, mientras Anderson recomendaba resguardarse en lo posible y no dejarse tocar por aquellos, a la verdad, bellísimos lepidópteros rojinegros, porque —dijo— su contacto podría ser venenoso y tal vez mortal. Se desarrolló entonces una verdadera batalla entre los expedicionarios y las mariposas, que parecían empeñadas en posarse a todo trance en el cuerpo de aquellos. Los expedicionarios se defendían golpeándolas con ramas secas huecas, pero nudosas, de arbustos lunares y que habían recogido del suelo en su afán por librarse de aquella inesperada ofensiva. Con todo, ellas continuaron en su empeño, hasta que cayeron muertas unas cuantas, en vista de lo cual las demás se ahuyentaron hacia un bosque cercano.

—No me cabe duda —comentó Anderson— de que tales mariposas gigantescas son venenosas y aun quizás carnívoras. En el Pacífico se han encontrado por los navegantes, en una ocasión por lo menos, mariposas venenosas que contaminaron seriamente a toda la tripulación de un barco. Estas enormes que acabamos de ver ahora son ciertamente temibles y lo que hemos tenido ha sido un verdadero ataque.

Los exploradores de las motocicletas describieron en ese momento, con más detalles que hasta entonces, lo que habían visto en la imagen del lago Magallanes y se refirieron a la teoría expuesta por Weston y aprobada por Raymond, sobre la causa de la población primitiva de nuestro satélite.

—Sin descartar del todo la posibilidad de esa teoría en algunos casos —opinó Anderson—, creo, sin embargo, sinceramente, que ni nuestro astrónomo ni nuestro geólogo están en lo cierto. La causa de que la Luna tenga animales tan grandes, así como también tan elevadas montañas en relación con su diámetro o que aquí hayan podido subsistir, como lo prueban esos lepidópteros gigantescos, se debe a la menor pesantez de nuestro satélite comparada con la de la Tierra. En efecto, como la gravedad de la Luna es tan pequeña (unas seis veces menor que la de nuestro globo), permite la existencia de seres vivientes mucho más corpulentos que los de la Tierra. Esta debe ser la causa verdadera del fenómeno.

Todos consideraron correcta la apreciación y elogiaron la agudeza de juicio del naturalista de la expedición, después de lo cual siguieron su marcha al cohete sin interrupción alguna, llegando allá al cabo de poco tiempo, con gran hambre y no poco sueño. Inmediatamente, informaron a los hombres de guardia de todo lo ocurrido y, mientras se servía la mesa, los *cameraman*, Maxim y Wagner, mostraron al capitán las fotografías que habían tomado de la Luna cuando giraban a su alrededor en el *América*. En muchas de ellas el rasgo dominante, fuera de los curiosos e interesantes aspectos naturales, era la aparición, por dondequiera, de trecho en trecho,

de chimeneas. En una de esas fotografías precisamente —la del área en que el cohete había alunizado—, se encontraban unas chimeneas que ellos no habían visto, con la particularidad de estar situadas cerca del desfiladero que tenían ahora a la vista. Newman se fijó mucho en esta foto y dijo que era algo muy interesante, que le serviría de norte para sus exploraciones.

Luego se sirvió la comida, y todos iban a comer cuando los hombres de guardia hicieron al capitán una petición, que envolvía una queja. Se quejaban, en efecto, de que tenían poca oportunidad de andar por la Luna y ver lo que en ella ocurría, mientras los demás lo hacían a sus anchas. Por otra parte, Anderson y la Brewster se empeñaron en que se les debía autorizar para seguir recogiendo muestras de minerales lunares, por considerar interesante su estudio en la Tierra. El capitán hizo ver a los guardas que no era menos honrosa la misión de custodiar la astronave que la de salir a explorar.

—Por ustedes —dijo a los guardas— sabemos lo más interesante que conocemos relativo a esos seres inteligentes de la Luna.

En cuanto a Anderson y la Brewster, no quería acceder a su propuesta, influido como estaba por la creencia —y no estaba equivocado— de que ambos estaban más que todo preocupados por sus amoríos y buscaban modos de encontrarse solos; pero el naturalista venezolano expuso tales argumentos de orden científico que Newman se vio casi compelido a concederles lo que deseaban, como en efecto lo hizo. Anderson y la Brewster quedaban así por entero encargados de recoger muestras de cualquier clase que juzgasen adecuadas y de llevarlas al *América* para su transporte a la Tierra, las cuales serían para el laboratorio particular del naturalista. Se le previno, empero, que debían ir armados de ametralladoras, porque había verdadero peligro de muy serias sorpresas en la Luna, y luego, salvo la guardia de rigor, todos se acostaron a dormir.

No tendrían dos horas durmiendo cuando un ruido sordo los despertó. Parecía el ruido de una escuadrilla de aviones militares, muy poderosos, tal vez de treinta a cuarenta. Wilson estaba soñando

que se encontraba en La Florida y que una escuadrilla de aeroplanos de la Armada estadounidense sobrevolaba por el sector. La realidad era muy distinta: cuando todos al fragor de aquellas aeronaves despertaron, se acrecentó el estruendo y pudieron ver en el cielo, sobre el cohete y los alrededores, veinticuatro extrañas máquinas voladoras, de forma ovalada y plana, que rompían el ámbar purísimo de la atmósfera lunar.

—¡Santo Dios! —dijo la Brewster—. ¡Tienen aviones, y de qué tipo!

Todos admiraron aquello y comprendieron instantáneamente, y ahora como nunca antes, que tenían que habérselas con seres muy capacitados.

Las aeronaves lunares se alejaron y entonces el guardia informó al capitán que había observado durante su custodia la presencia de un cuerpo extraño en el cielo y el que periódicamente pasaba sobre el *América*. Por referencia de sus antecesores en el puesto de guardia, que no habían dado mucha importancia al asunto, se había puesto sobre aviso. Al principio aquel cuerpo celeste apenas había podido columbrarse debido a la intensa luz solar, pero la que él despedía era de un color tan azulado y era tan viva, que a ratos, y a favor de una nube muy clara, había sido visto con bastante claridad a simple vista, y habiendo usado un vidrio ahumado pudo contemplarse en toda su plenitud.

Dicho esto, el guardia describió minuciosamente a aquel cuerpo y cuando hubo terminado su descripción y la manera periódica como aparecía y se ocultaba en el cielo, el astrónomo Weston declaró:

—Señores, nos han tomado la delantera estos selenitas. Según todas las probabilidades, se trata de un satélite artificial.

—¡Un satélite artificial! —exclamó el capitán, admirado.

—¡Ni más ni menos, mi capitán! Esto quiere decir que ya los selenitas tienen noticias de nosotros y de la dirección en que alunizamos. Por eso el satélite artificial, que debe ser dirigido aunque hasta cierto punto solamente, lo han hecho pasar repetidamente por este

paralelo. Estamos descubiertos aunque ciertamente no han dado todavía con nosotros, si bien pronto lo lograrán.

—¡Malas noticias, o buenas, quién sabe! —comentó el capitán.

En esto se volvió a sentir el ruido de los platillos voladores, en que la nota más sobresaliente era un silbido muy alto y agudo que salía a intervalos de los aparatos. Volaban ahora en sentido contrario hacia el cohete, sobrevolándolo y perdiéndose de nuevo en la lejanía.

—Mucho me temo que estén haciendo un reconocimiento —manifestó el capitán—. Afortunadamente, el *América* está tan cubierto de barro gris, y se confunde por lo tanto de tal modo con el terreno, que no podrán localizar nuestro aparato. Involuntariamente hemos hecho un *camouflage* perfecto.

Nadie más dijo una palabra, atónitos como se encontraban, y entonces el capitán previno:

—Amigos míos: hemos llegado a una etapa de nuestra expedición en que necesitaremos de toda nuestra presencia de ánimo, de nuestro máximo valor. Por el estudio que he hecho de las fotografías en mi poder, he llegado a la conclusión de que tendremos que enfrentar muy pronto, dentro de unas horas o tal vez solamente de algunos minutos, a una poderosa civilización subterránea.

Todos se quedaron estupefactos.

—Sí, subterránea —recalcó el capitán—. Las chimeneas no son sino los respiraderos de las construcciones de los selenitas.

Todos mostraron su asombro, a la vez que su conformidad con este parecer, y repetían maquinalmente:

—¡Una civilización subterránea!

Se sintió entonces de nuevo el ruido ensordecedor de las máquinas voladoras que volvían en reconocimiento sobre el área de los expedicionarios, mientras estos las contemplaban entre admirados y temerosos, hasta que se alejaron otra vez definitivamente.

Cuando los expedicionarios volvieron la vista al suelo observaron estupefactos que a su alrededor, y en partes bastante cercanas, había en pie un número crecido de selenitas, que sin duda habían

salido de sus habitaciones bajo tierra a la superficie del satélite por rampas escalonadas, o quizás por otros medios, al oír el estruendo de las máquinas de reconocimiento.

Estaban rodeados los expedicionarios en estrecho círculo, encontrándose fuera del cohete, aunque junto a él. ¿Se habían dado cuenta de su presencia los selenitas? ¿Los estaban observando? ¿Serían atrapados por ellos? A su alrededor aquella masa de seres extraños gesticulaba, hacía ademanes y hablaba con voces fuertes y guturales que ponían espanto en los ánimos mejor templados. ¿Qué habría de pasar?

V

En contacto con los selenitas

No, no habían sido descubiertos los expedicionarios por los selenitas. Entre la multitud, a cierta distancia, y con la expectación del momento, era natural que los selenitas, si vieron realmente a los expedicionarios, pensasen que se trataba de congéneres suyos.

De todas maneras, el capitán Newman, tan pronto como se dio cuenta de aquel cerco en que virtualmente se encontraban, ordenó a todos que entrasen en la astronave y, en vista de que no eran atacados y que la aglomeración de selenitas se disolvió sin mayores consecuencias, manifestó:

—Considero conveniente que se siga durmiendo, para reponer del todo las fuerzas perdidas, y tras algunas horas preparen el ánimo, porque tenemos mucho trabajo que hacer.

Así se hizo: todos menos la guardia reanudaron el sueño, hasta que el capitán despertó y, considerando a todos repuestos, los hizo llamar, los reunió y les dijo:

—Haremos ahora las últimas exploraciones preparatorias para penetrar resueltamente en los subterráneos en donde habitan los selenitas. Entretanto, Anderson y la Brewster seguirán recolectando las muestras minerales en que tan interesados están, pero con la condición de que no escatimarán esfuerzos, al mismo tiempo, para observarlo todo con la mayor atención y rendir informe verbal lo más completo posible de lo que vean y descubran, pudiendo utilizar

dos motocicletas. En otras dos harán una incursión rápida al otro hemisferio del satélite el explorador Dalton y el *cameraman* Maxim. De guardia en el cohete quedarán Baker y Morgan; y los demás iremos a tantear las habitaciones subterráneas de los selenitas por los lados del desfiladero a donde llega el tren, utilizando los caballos y los perros. Esta exploración deberá hacerse en tal forma, por cada uno de nosotros, que dentro de cuatro horas exactas nos encontremos todos juntos de regreso aquí en el *América*. Recomendando mucha prudencia, no arriesgarse inútilmente y evitar por todos los medios el ser vistos y más aún que los selenitas puedan seguir el rastro de algunos de nosotros hasta el cohete.

Se siguieron estrictamente las instrucciones del capitán, aunque Anderson y la Brewster se entregaron además a un romance apasionado. Con todo, recogieron gran cantidad de oro, haciendo numerosos viajes del cohete al yacimiento aurífero y viceversa. Tanto fue el oro que llevaron al cohete, que los guardas les preguntaron si pensaban cargar todo el *América* con muestras minerales, y con tanta facilidad lo habían hecho cuanto que apenas tenían el trabajo de levantarlo del suelo, ayudándolos al transporte el menor peso que el mineral tenía en la Luna.

En cuanto a la exploración del hemisferio visible desde nuestro planeta, Dalton y Maxim, en pocos minutos, con las motocicletas a toda velocidad, llegaron a su destino, encontrándose con la gran noche y el intenso frío de aquella parte de la Luna, volviendo a ver en la más viva fulguración las estrellas y la Tierra, la que parecía una Luna inmensa, habiéndose sorprendido ellos extraordinariamente a causa de la gran cantidad de selenitas que en todas partes por donde pasaban veían o topaban, lo que demostraba, sin lugar a duda, que estaban en plena actividad. En esta forma llegaron a descubrir que los selenitas estaban en vigilia durante la noche y dormían durante el día, al revés de los habitantes de la Tierra. Era un descubrimiento sensacional, puesto que en el hemisferio en donde se encontraba el *América* era de día, por lo que los selenitas se encontraban

durmiendo, salvo excepcionales circunstancias, y los expedicionarios podían sacar muchas ventajas de esta situación.

Debido a la presencia de tantos habitantes, Dalton y Maxim en pocas partes se detuvieron, aunque donde lo hicieron tomaron nota cuidadosa de todo, y tanto de los selenitas como de los parajes atravesados por ellos lograron tomar excelentes fotografías, emprendiendo al cabo de cerca de cuatro horas el regreso y notando, con no poca preocupación que algunos de aquellos seres extraños, que por su aspecto parecían policías de aquella colectividad, los seguían y trataban de interceptarles el paso. En efecto, en muchas partes en donde la vía natural por donde transitaban se estrechaba, encontraron el paso casi obstruido por la presencia de sus perseguidores, viéndose obligados a forzarlo con el empuje de sus motocicletas, apartándose los selenitas por el natural instinto de la defensa propia.

Cuando les faltaba poco tiempo para penetrar en el hemisferio de donde procedían —en que por el contraste explicado siendo de día para los exploradores, para los selenitas sería virtualmente de noche, por cuanto de día era cuando dormían—, los exploradores se vieron seriamente comprometidos, encontrándose a punto de ser capturados. En efecto, algunos policías del satélite montaron en aparatos que guardaban precisamente cierta semejanza con las motocicletas, con ruedas de disposición similar, aunque movidas no se sabe por qué fuerza, emprendiendo la persecución de los exploradores a tremenda velocidad. Al cabo de un rato de persecución, Dalton y Maxim se percataron de que serían alcanzados a la larga, comoquiera que sus perseguidores marchaban a una velocidad superior a la suya.

Apresuraron la marcha. Parecía que los motociclistas no andaban, sino que volaban. Sin embargo, la distancia entre ellos y los selenitas de la persecución, que marchaban en seis aparatos, se acertaba. Tendrían —pensaban los exploradores— que usar sus ametralladoras. En ese momento pasaron al otro hemisferio, en donde los selenitas tenían necesariamente la desventaja de la menor visión, y los exploradores al contrario, y justamente entonces se encontraron con

una vuelta del camino, en uno de cuyos recodos Dalton y Maxim hicieron alto, ocultándose, y viendo después cómo pasaban delante de ellos a cierta distancia, con una velocidad increíble, sus perseguidores. De esta suerte, los exploradores despistaron a sus perseguidores, a la manera de los vaqueros americanos, o los llaneros venezolanos, teniendo cuidado después de sacar al hombro sus motocicletas por trecho considerable —lo que hacían con poco esfuerzo debido a la poca pesantez de la Luna— y de ir borrando las huellas que iban marcando en el terreno a medida que caminaban, de modo que al devolverse los selenitas al descubrir el truco no pudieron dar con el rastro y reanudar la persecución. Esto les obligó a caminar por mucho más tiempo, pues tenían no solo que evitar el rastro, sino también que alejarse suficientemente de sus perseguidores a fin de que cuando pusieran de nuevo en marcha sus motocicletas no oyesen aquellos el ruido de los motores y pudieran localizarlos. A salvo ya de este peligro, Dalton y Maxim pudieron regresar al *América* en el tiempo que se les había señalado.

Veamos ahora qué habían hecho los expedicionarios que fueron a explorar, bajo el mando del capitán, el desfiladero y las habitaciones subterráneas de los selenitas. Con sus caballos y perros llegaron al punto medio del desfiladero, a donde arribaba y se ocultaba el tren. Vieron que este se internaba en un camino subterráneo por una especie de rampa y por medio de carriles, y con mucha cautela se dirigieron por una senda paralela hacia el interior de aquel mundo subterráneo. Estaba esta, como también la vía del tren, espléndidamente iluminada con una luz azulada, al parecer eléctrica. Todo estaba en silencio, como que los selenitas dormían. Los pasos, muy lentos, de los exploradores, retumbaban sordamente en la soledad reinante. Caminaron unos trescientos metros adelante, por galerías subterráneas, observando los curiosos y verdaderamente interesantes sistemas de ventilación empleados por los selenitas; contemplando muchas construcciones admirables de aquellos seres extraños, las cuales en muchos respectos hacían recordar las de la

Tierra. El aspecto general de todo aquello no era, sin embargo, el de una población o ciudad sino el de una carretera a lo largo de la cual se hubiesen hecho varias construcciones y cuya utilidad inmediata no podían precisar.

De trecho en trecho observaron suntuosas construcciones, especie de chalets, con celdas preciosas, con las ventanas abiertas, y en ellas durmiendo a algunos selenitas, los que, dicho sea de paso, no debían tener el sueño muy liviano. Pero lo más interesante de todo, y que los invitaba a una agradable comodidad en aquellas galerías subterráneas, era el clima: los selenitas tenían aire acondicionado. Era, pues, de suponer, que a medida que aquella civilización se fue desarrollando y las condiciones climatológicas de la Luna se le fueron haciendo más intolerables, procedió a instalarse bajo tierra, en donde le era más fácil que en la superficie asegurar medios de subsistencia estables y permanentes. La civilización de la Luna no era, pues, rudimentaria, como se había sustentado por algunos expedicionarios, sino, al contrario, probablemente más avanzada que en la Tierra, contra lo cual nada quería decir la persistencia de algunas especies de factura primitiva en la superficie del satélite. Probablemente había grandes poblaciones subterráneas, a las que indudablemente conducían aquellas galerías. Por lo pronto, los exploradores creían encontrarse en una carretera bajo tierra.

A decir verdad, ya habían visto bastante, aunque era mucho más lo que les quedaba por ver; pero para un tanteo les parecía suficiente. La tarea de hacer una exploración a fondo por aquellos parajes requería los esfuerzos de todos, y por lo visto no era la Luna fácil de explorar en cuanto a las obras de sus habitantes, ya que tenían la particularidad de encontrarse bajo tierra, haciendo así extremadamente penosas las investigaciones, por encontrarse indudablemente erizadas de peligros que todos adivinaban. Con todo, resolvieron llevar un poco más adelante la exploración.

Caminaron otros cien metros adelante sin consecuencias apreciables, cuando a la vuelta de un recodo observaron un selenita en

todo el paso, sentado en una especie de quiosco o casilla y adormilado, en vista de lo cual retrocedieron maquinalmente, poniéndose tras el recodo fuera del alcance de su vista.

Luego Newman dijo:

—¿Por qué retroceder? ¿No sería mejor abordarlo? Porque tarde o temprano tenemos que ponernos en contacto directo con esos seres.

Pero no hubo necesidad de ir hasta él. Como todos sacaron la cabeza fuera del recodo para mirarlo, observándolo atentamente, el selenita se dirigió resueltamente hacia el punto donde se encontraban los expedicionarios, al ser despertado por el ruido que habían hecho.

—¡Allí viene! —dijo Newman—. Esperémoslo.

El selenita dio la vuelta al recodo con cautela y, al ver de qué se trataba, se quedó estático, observando un rato a los expedicionarios a la distancia de unos veinte metros, con lo que indudablemente delataba su sorpresa. Ellos le hicieron señas, entonces, de que se acercase; pero seguramente esta actitud no le inspiró confianza, toda vez que tocó un silbato, y en cosa de segundos había en la galería no menos de cincuenta selenitas dispuestos a capturarlos.

Los exploradores corrieron hacia la salida, salieron a la superficie y huyeron en sus caballos, continuando los selenitas la persecución, para lo cual montaron en cuatro carros motorizados de forma oval, mientras que los expedicionarios se ocultaban rápidamente al abrigo de un bosque junto al desfiladero y observaron sin ser vistos, desde su escondrijo, que sus perseguidores trataban de localizarlos, siguiéndoles el rastro. En eso comenzó a llover, y la lluvia —una lluvia gruesa y fría, la primera que veían en la Luna— borró el rastro, despistando a los perseguidores, partiendo entonces los exploradores al galope y llegando a poco atropelladamente al cohete, en donde todos los demás se encontraban ya reunidos.

Ya en el cohete, hablaron ampliamente de sus aventuras, describiéndose minuciosamente lo que a cada grupo le había ocurrido, después de lo cual se ordenó que se sirviese la comida y todos comieron con bastante apetito, manifestando luego el capitán:

—Nos parece que ahora debemos permitirnos un descanso, antes de proceder a efectuar una exploración a fondo de las galerías subterráneas y procurar intimar con los selenitas.

Entonces varios hicieron la descripción de los selenitas, concordando en los siguientes puntos: eran por delante de figura semejante a la del hombre, distinguiéndose las hembras, como nuestras mujeres, por facciones mucho más finas y delicadas y formas más curvas; hablaban con voz fuerte y clara y reían con risa de cristal, sonora, agradable; su tez parecía suave y tersa, y la cara era redonda, “cara de luna llena”, según la expresión de Weston; la gran diferencia estaba en cuanto se miraban por la espalda, teniendo adherida a ella, aunque no del todo, porque estaba constituida por dos alas atrofiadas que se plegaban, una concha protectora; los brazos y las piernas eran muy bonitos, pero las manos y los pies tenían cada uno seis dedos, tan semejantes en todo a los humanos que hasta tenían uñas; la cabeza humanoide, dotada de opulenta cabellera, siempre bien peinada; ojos vivos grandes y hermosos, cejas pobladas y pestañas largas y sedosas; orejas bien proporcionadas; nariz perfilada y boca graciosa, de dientes cortos y anchos y blanquísimos; cutis moreno; y los pezones erectos y prominentes en las hembras y caderas bien formadas, a todo lo cual daba realce una túnica corta, blanca o de vivísimos colores, siempre muy limpia, que invariablemente llevaban.

Algunos notaron, con razón, que entre los varones había dos clases de sujetos: unos eran finos y simpáticos, que eran la mayoría; los otros de complexión fuerte y mal talante, de mandíbulas prominentes y expresión agria.

—A este respecto opino —declaró Anderson— que se trata de una especialización natural. Me explicaré: entre las hormigas, por ejemplo, las que tienen funciones policiales están especializadas por la propia naturaleza: esas nacen con complexión más fuerte, las mandíbulas en ellas están más desarrolladas y en general están más capacitadas que sus congéneres para la lucha física. Este es sin duda el caso de los selenitas, y no olvidemos que se trata de insectos, ya que

ellos no son otra cosa. Los más fuertes y de maneras brutales son policías.

—Por primera vez veo que se equivoca nuestro ingenioso naturalista —rebatíó Morgan—. Ha opinado como naturalista, y como tal, su punto de vista que es observación correcta de los hechos entre las hormigas, cautiva a cualquiera. Pero ha errado en la generalización. Por eso desconfío tanto de los especialistas cuando se ponen a generalizar. Ha estudiado los rasgos y procedimientos de la especie desde el punto de vista de la historia natural, pero no ha parado mientes en las revelaciones psicológicas. En estas, precisamente, es en las que me he fijado atentamente y ellas me permiten asegurar que no se trata de ninguna especialización natural al tenor de la indicada por Anderson, en este caso. Lo que ocurre, llana y lisamente, es que los policías que vemos entre los selenitas son seres de raza diferente a los demás. En suma, me explico el fenómeno diciendo que son los dominadores del mayor número de selenitas. En otras palabras, son opresores.

Todo el mundo guardó silencio, como reflexionando, y luego Dalton prorrumpió:

—Mis felicitaciones, Morgan. Ha dado usted en el clavo, y por cierto que este es un descubrimiento tan notable y tan útil para nosotros, como el de que los selenitas duermen de día y están de vigilia por la noche.

—Si es así —opinó el capitán—, se repite en la Luna el caso de los aztecas. Quiero decir que los selenitas están divididos entre oprimidos y opresores, entre subyugados e invasores y, como Hernán Cortés, no nos será difícil hallar aliados entre ellos.

Así era en efecto.

Todos quedaron pensativos, y entonces Anderson y la Brewster —que estaban acurrucados en un ángulo de la cabina— se adelantaron hacia el capitán. Anderson habló por los dos diciendo:

—Tenemos algo importante que comunicarle.

—Hablen ustedes —dijo Newman.

—Queremos casarnos en la Luna —dijo Anderson.

—Queremos casarnos hoy aquí —confirmó la Brewster.

Todos se quedaron atónitos y, por último, Newman comentó:

—¡Diablos! ¿Y a eso han venido ustedes a la Luna?

Anderson y la Brewster se pusieron serios y entonces el capitán rectificó diciendo:

—¡Perdón! Es que me ha causado gracia el asunto, y sorpresa, pues no creía tan adelantadas las cosas. Desde luego, creo que todos aquí estaremos encantados con el matrimonio. Yo sería el primero en aplaudirlo. Lo que no comprendo bien es cómo puedo ayudarles en el asunto.

—Es usted el capitán de la astronave —expuso Anderson.

—Sí, pero haría falta un funcionario competente que legalizase el matrimonio.

—Todo tiene remedio —argumentó Anderson—. Según la ley venezolana, el capitán de una nave es la más llamada de todas las personas de la embarcación para efectuar el matrimonio cuando falte el funcionario a propósito.

—Pero la astronave tiene bandera estadounidense no venezolana —sentenció Newman. En este satélite también hemos izado la bandera estadounidense.

—Eso es correcto —argumentó la Brewster—, pero mi novio es venezolano y queremos casarnos con arreglo al Código Civil venezolano.

—Hum... —musitó Newman.

—Según ese código —remachó Anderson—, hasta dos personas particulares, en determinadas circunstancias como la presente, se pueden casar. De no poder, estamos dispuestos a verificar nuestra unión de todos modos, ahora y aquí en la Luna, sin llenar esa formalidad.

—En este caso —explicó Newman—, deben ustedes ver en mí no al capitán, sino al amigo. Como capitán pudiera tener serias responsabilidades, pero ya que el caso es desesperado —agregó riéndose— sugiero que a ustedes los casen dos amigos de la tripulación, ahora mismo, de acuerdo con la ley venezolana, para lo cual tendrá usted

que izar la bandera venezolana primero en cualquier sitio de su gusto en donde no esté la estadounidense, con carácter provisional, si es que usted posee alguna.

—Siempre llevo conmigo la bandera y los códigos de Venezuela —repuso Anderson.

—Entonces, amigos míos, les felicito; celebro sinceramente su decisión, porque veo que el romance va de veras, y manos a la obra.

Un ¡hurra! salió de todos los labios y Anderson y la Brewster procedieron enseguida a izar la bandera venezolana en una especie de prado no lejos del *América*.

El capitán ordenó que se sirvieran unas copas de champaña del que llevaban en la bodega del *América*; se ofreció un banquete a nombre del resto de la expedición en honor de los novios y pusieron en un *pick-up* discos fonográficos arrobadores.

Se sacaron una mesilla y pequeños asientos al aire libre, se instalaron cuatro abanicos movidos por un acumulador para suavizar el intenso calor y se procedió a la ceremonia del matrimonio en toda regla, leyéndose los artículos correspondientes del Código Civil venezolano y levantándose un acta al efecto que fue firmada por todos los miembros de la expedición.

Luego se tomaron unas cuantas copas de champagne, se discutió, se recitaron preciosos versos y se expresó toda clase de cumplidos a los recién desposados, estando todos a punto de retirarse cuando vieron, relativamente cerca, una nube de polvo que avanzaba hacia ellos. Inmediatamente, comprendieron lo que era. Eran seletitas en gran número, del tipo policía, seguidos de un centenar de perros gigantes, de la clase que ya habían visto algunos expedicionarios al margen del lago Magallanes.

—Nos buscan —dijo Dalton.

—Sí —repuso Morgan—, y esos perrazos, amaestrados por ellos, son rastreadores. No hay duda de que pueden localizarnos más pronto de lo que pensamos.

—Virtualmente, estamos en sus manos —dijo la Brewster— y es inútil que nos dirijamos al cohete: estamos demasiado distantes de él para que pueda servirnos de abrigo.

—En efecto —dijo Newman.

Los perrazos ladraban furiosamente, oliendo el terreno u oteando el horizonte mientras corrían, decididos a caer, como verdaderos carniceros que eran, sobre el enemigo.

VI

El rechazo de la expedición

—¡Échense a ras del suelo! —ordenó Newman al ver el gran número de selenitas y perros gigantescos que trataban de localizarlos.

Todos se lanzaron contra el suelo, apretujándose contra el polvo gris de la Luna y procurando confundirse con él. Como sus vestidos eran grises y no se movían, se mezclaban con él, siendo muy difícil el ser vistos a menos que fuese desde cerca.

El tropel de selenitas y perrazos, en medio de algarabía tremenda en que ponían espanto los ladridos llenos y violentos de aquellos carniceros, se aproximó considerablemente mientras los expedicionarios pasaban terribles momentos de angustia, pues entusiasmados con el matrimonio, habían olvidado sus ametralladoras, dejándolas en el cohete, y solo portaban sus revólveres y armas blancas, impotentes del todo para afrontar tan considerable número de enemigos.

Por último, los perseguidores pasaron por un lado, a unos cien metros de distancia apenas de los expedicionarios, y siguieron mucho más allá de donde estaba el *América*, perdiéndose finalmente de vista en el horizonte.

—Milagrosamente la estamos contando —dijo Newman poniéndose de pie y haciendo luego lo mismo todos los demás—. Y todo por no portar nuestras ametralladoras. De ahora en adelante no las abandonaremos ni para comer.

—Gracias a que el viento soplaba —dijo Dalton— de la parte de donde ellos venían hacia nosotros, y no al contrario. De haber

sido al revés, a estas horas seríamos pasto de esos terribles perrazos y nuestra expedición a la Luna habría terminado para siempre.

—Bueno, recojan esos bártulos —ordenó el capitán— y vámonos al cohete.

Recogieron cuanto tenían en el prado y se dirigieron rápidamente a la astronave, haciendo séquito a la pareja desposada, llegando a poco al *América*, donde no se sirvió comida, porque ya habían satisfecho abundantemente el hambre en el ágape del matrimonio y, visto que ya habían pasado algo más de dieciocho horas de vigilia, excepto la guardia de rigor nombrada por el capitán, todos se retiraron a dormir después de comentar sus aventuras, habiéndose improvisado en la cabina una especie de lecho nupcial separado para los recién casados.

El sueño no fue muy tranquilo, porque a menudo pasaban platicillos voladores, con estridentes silbidos desgarradores, por sobre el sector, lanzando pequeños cohetes luminosos en las oquedades sombreadas por los árboles, iluminándolas profusamente, en los alrededores del cohete. Indudablemente, los selenitas sabían que los expedicionarios debían encontrarse en esa área y la estaban patrullando insistentemente, haciendo visibles los lugares donde no penetraba la luz solar mediante cohetes luminosos. Era seguro, no obstante, que por este medio no serían vistos los expedicionarios, ya que el *camouflage* del *América*, al encontrarse enteramente cubierto de barro gris, era perfecto, y se habían extremado las precauciones para que ningún signo de vida del cohete pasase imprudentemente al exterior.

Después de ocho largas horas de descanso, la expedición se puso en movimiento. Para la guardia de la astronave fueron nombrados los dos radiotelefonistas de larga distancia, Audel y Baker, con el encargo de tratar por todos los medios posibles de restablecer las comunicaciones con la Tierra —en lo que hasta entonces habían fracasado—, y los otros expedicionarios, bien armados y provistos, todos en motocicletas, se lanzaron a la atrevida empresa de explorar a fondo las galerías subterráneas de la Luna.

Como quiera que ya los selenitas, particularmente los de tipo policía —que tan opuestos les eran—, estaban prevenidos a la entrada de las galerías que antes habían inspeccionado, Newman pensó que si encontraban otra abertura por donde entrar estarían en mejores condiciones de salir con éxito en su propósito, creyendo que así tendrían menos peligros que arrostrar. Al efecto pidió las fotografías del área encontrando que no lejos de donde estaban había otras chimeneas, que seguramente daban hacia galerías subterráneas.

Se dirigieron, pues, allá, encontrando —como en el caso anterior— una rampa que conducía al interior. Alentados por el aire acondicionado de las galerías, se dispusieron a correr todos los riesgos, dejando sus motocicletas ocultas tras una especie de carreta muy larga que estaba abandonada a poca distancia de la entrada de la avenida subterránea.

No habían caminado cien pasos cuando tropezaron con media docena de vehículos motorizados —aunque la naturaleza del motor la ignoraban— y, asimismo, dos platillos voladores, todos desarmados y visiblemente en reparación. Los expedicionarios se acercaron maravillados y Martín exclamó:

—¡Pero si esto es titanio! ¡Sí, señores, titanio! Mucho mejor que el acero para máquinas, por lo que colijo que estos seres están más adelantados que nosotros en metalurgia.

—No nos detengamos en estos pormenores —dijo el capitán—. No perdamos la orientación del punto en donde hemos dejado las motocicletas, que es el lugar por el que, en todo caso, debemos salir; no hagamos uso de nuestras ametralladoras sino únicamente en momentos de verdadera desesperación y tratemos por todos los medios posibles de ponernos en contacto con los habitantes de este satélite y de sacar el mejor partido que podamos de la situación.

Siguieron, pues, caminando y a poco oyeron una música muy extraña pero, después de todo, bastante agradable. A medida que se acercaban al punto de donde la música procedía, más y más se les iba pareciendo a una rumba, o mejor, a un mambo, aunque mucho más

violento de lo que se estila en la Tierra. Indudablemente, era música sensual que les estaba ya hormigueando en los sentidos.

Se fueron aproximando con cautela; la música cesó unos minutos y luego fue reanudada con salvaje sensualidad, muy contagiosa, llegando finalmente los expedicionarios a una mansión piramidal en medio de la carretera, deteniéndose cerca de aquella sin ser vistos por treinta selenitas que en la casa había. Con sus armas preparadas para cualquier contingencia desesperada, se dirigieron resueltamente a ella, observando que se trataba, ni más ni menos, de un baile.

Dieron la vuelta por un recodo y Morgan dijo:

—¡Quién lo creyera: un baile, lo mismo que en la Tierra! Amigos míos, la naturaleza, aunque no ha dado nunca dos cosas idénticas, gusta de repetirse en procesos semejantes hasta el infinito. Si no, fíjense: estrellas, cúmulos estelares, galaxias, etcétera, en infinita prodigalidad. Después seres diversos, contruidos sobre varias líneas, pero sobre un mismo plan. Y, finalmente, los sentimientos y las costumbres, también análogos: odios, amores, guerra y pasiones y hasta diversiones, como el baile, enteramente similares a los de la Tierra.

—Sí, querido amigo —repuso Anderson—, la naturaleza, aquí en la Luna, como en Marte o en la Tierra, fabrica todas las cosas en serie.

—Pero detengámonos —dijo Newman, tendiendo sus binóculos hacia el interior de la quinta piramidal—. ¡Ole! Tiene un letrero, quiero decir, unos signos en la puerta, probablemente el nombre del establecimiento. Porque eso, a lo que entiendo, es algo así como un cabaret, o club de baile.

Todos se habían agrupado sin ser notados en un punto muy cercano a la mansión piramidal y estaban observando los movimientos de los selenitas. Cesó la música, que tenía algo de africana y de wagneriana a la vez, y vieron cómo los selenitas se inclinaban y hacían genuflexiones de cortesía unos delante de otros, tratándose probablemente de caballeros ante damas.

Luego se fueron acercando hasta llegar a una especie de jardín que rodeaba al cabaret, y el capitán, pensando que si hacían

irrupción todos juntos a aquel establecimiento la sorpresa podía ser causa de serio nerviosismo y echar a perder las cosas, preguntó si había alguno que quisiera presentarse solo allí, mientras los demás observaran la reacción y acudieran instantáneamente, en caso de que necesitase auxilio. Anderson se adelantó a todos manifestando que él iba, y se dirigió inmediatamente al lugar donde los selenitas se divertían.

Llegó Anderson a la puerta del cabaret y, sin inmutarse, hizo una genuflexión como la que vio que hacían los selenitas y esperó unos segundos. Estos se sorprendieron y un ¡Oh! salió de sus labios, pero luego se repusieron prontamente y acudieron, sin agresividad, hacia él. Lo observaron atentamente y, tras haber satisfecho su curiosidad, mientras Anderson a su vez satisfacía la suya, le indicaron que se sentase en un asiento que era a manera de una poltrona felpuda y que tenía una mesa adjunta, alrededor de la cual había otros asientos iguales pegados a ella. Entonces Anderson demostró su agradecimiento como mejor pudo con señas y señaló hacia donde estaban sus compañeros, pendientes de sus movimientos, preguntando con gestos y ademanes si podían entrar. Le respondieron en igual forma que sí, y al punto estaban todos reunidos.

En ese momento, un selenita que atendía a un bar, en donde había buen número de ánforas que indudablemente contenían bebidas y el que funcionaba dentro del cabaret, sacó de la trastienda algo así como un papel plástico muy grueso y mostró en él una fotografía del cohete —con lo que quería demostrar que ya ellos sabían que los expedicionarios estaban en la Luna—, con la particularidad de que era muy diferente a las de la Tierra. En efecto, era en colores, pero en alto relieve, y a su alrededor había muchísimos signos o letras y otras fotografías, por lo que vinieron en cuenta de que se trataba de un verdadero periódico. La fotografía en relieve era tan perfecta que hasta las letras del nombre *América* de la astronave aparecían claramente.

El capitán sacó entonces de la faltriquera un dibujo en un papel, en que aparecían la Tierra, la Luna y el cohete y su ruta y lo mostró

a los selenitas, al que ellos vieron haciendo señas de que entendían —señalando hacia el espacio— que los expedicionarios llegaban de la Tierra.

Siguieron así en conversación por señas un rato, lo que los selenitas acentuaban con palabras fuertes de sentido desconocido, pero con buen ánimo y cordialidad. Luego una selenita, joven, muy hermosa y casi humana —salvo la concha de la espalda—, llevó a los expedicionarios, en una bandeja de cerámica con muchos dibujos, una bebida roja que olía bien y sabía mejor, pero de la que no tomaron mucho, temerosos de que les hiciese daño. Después admiraron los vasos, de forma cónica y muy artísticos y de metal que parecía plata, entreteniéndose mucho con un dibujo de la bandeja que representaba una ciudad subterránea lunar en plena actividad, interesándose mucho por conocerla. Los selenitas dijeron que había muchas así en la Luna y ofrecieron llevarlos a la que habían visto dibujada. Finalmente, les llevaron una especie de mapa de la Luna, donde pudieron observar multitud de ciudades, todas subterráneas, y todos los dibujos, sobre el grueso papel plástico ya descrito, eran hechos con una especie de fotografía de alto relieve.

Para que se notara el contraste, Martin tomó entonces una fotografía de los selenitas allí reunidos con los demás elementos de la expedición y, habiéndola revelado a los pocos minutos, entregó una copia a aquellos, que a su vez se maravillaron de ese género de proceso fotográfico. Luego Newman les mostró una hoja de *The Globe* en que aparecían los expedicionarios junto al cohete poco antes de despegar para la Luna, habiéndose los selenitas admirado de ello.

Otra vez la selenita brindó a los expedicionarios bebida roja, acompañándolos los demás en el cabaret con sus copas, tomando aquellos un poco más que antes, como que iban perdiendo el miedo. La bebida era una especie de chicha o cerveza casera ligeramente alcohólica y muy agradable, y la paladearon con verdadero gusto. Durante el brindis, y siempre mediante señas, tanto los selenitas como los habitantes de la Tierra que allí estaban se hicieron muchas

promesas de amistad y ayuda. Los selenitas entonces mostraron de nuevo el mapa de relieve, señalaron una región y dieron a entender que aquella parte era de gente mala, enemiga, que ahora dominaban el reino de ellos pero que la expulsarían de su territorio. A la vez que aquella gente sabía que habían arribado seres extralunares al satélite y que quería capturarlos, pero que no temieran. Así vinieron los expedicionarios en conocimiento de la situación, nada agradable, en que se encontraban, ya que eran apenas veinte contra una nación dominadora en un mundo desconocido.

Surgieron nuevamente las notas excitantes de la música y los selenitas pidieron a los expedicionarios que bailasen con ellos y, como los aludidos vacilaran, la selenita que los había brindado con la bebida roja asió del brazo a Newman con gran desenvoltura y gentileza, de modo que bailaron no del todo mal aquella danza tremenda todos los que se encontraban reunidos en el cabaret. Los selenitas se maravillaban de los expedicionarios y estos de aquellos, por la facilidad con que danzaban, y hubo risas y mimos y galanterías entre unos y otros, animados como estaban por la singular ocasión, los efectos excitantes de aquella especie de mambo de notas altísimas con atambor de acompañamiento y el natural contentamiento que la bebida roja —un tantillo alcohólica— había producido.

Terminada la pieza, entre alegres y cristalinas risas, los selenitas aplaudieron, lo que hicieron con las alas de la concha de la espalda, con gran asombro de los expedicionarios, los que a su vez tributaron también sus aplausos al encanto de la fiesta y la gentileza de los selenitas, quedándose estos admirados de que lo hiciesen con las manos.

Se sirvió nuevamente la bebida roja y luego todos salieron al jardín —hacía un calor bárbaro—, caminando hacia una piscina, manifestando los selenitas el deseo de tomar un baño, y sin mayores formalidades se desnudaron, pidiendo a los expedicionarios que hiciesen lo mismo. A estos les pareció descortesía no acceder y se desnudaron también, como que la bebida les había hecho perder un poco el pudor, y los selenitas se rieron mucho de las muchas ropas

que aquellos usaban, especialmente de las prendas menores de los hombres y la Brewster, pues aquellos apenas vestían una túnica ligera y no era problema quitársela donde fuera. La ocasión permitió, pues, a unos y otros contemplarse tal cual eran, admirándose de que no fuera tan grande la diferencia, pues que no había entre ellos mayor disimilitud que la que existe entre mulos y caballos, salvo la concha formada por dos alas atrofiadas en los selenitas.

Los selenitas se lanzaron primero al agua, para lo cual vibraron un instante sus dos alas y efectuaron un corto vuelo, de no más de diez metros, del borde al centro de la piscina. Luego los expedicionarios, después de pasar la estupefacción que el caso les produjo, se lanzaron a la piscina a la manera humana —como que no podían hacer otra cosa— mientras los selenitas, flotando en la superficie, los observaban llenos de curiosidad hasta que unos y otros nadaron a su modo cuanto quisieron, se refrescaron y volvieron al sitio en donde se habían arrojado al agua y se vistieron, no sin que antes Anderson y el Dr. Benthley examinaran las alas de aquellos seres extraordinarios (cosa que a estos no les molestó, antes bien, explicaron por señas que con ellas solo podían hacer vuelos bajos muy cortos, nunca mayores de doce metros).

La piscina permitió admirar a los expedicionarios, además, la perfección de las instalaciones del acueducto, así como las de luz, fuerza, calefacción y refrigeración del aire acondicionado, lo que obtenían por un proceso desconocido, pues habiendo tratado Alexander de averiguar si era electricidad la energía empleada, obtuvo resultados negativos. Otra observación muy importante, desde el punto de vista de la cultura, era que todo se hacía en la Luna con el arte más refinado: los bombillos para luz, por ejemplo, semejaban flores de las que se dan en nuestro satélite, comparables solo a las orquídeas. Es de notar que las luces estaban todas encendidas, pues aunque en el hemisferio en que los expedicionarios se encontraban era de día y hacía un sol fiero, en las ciudades subterráneas la iluminación se hacía indispensable y, por otra parte, la gran mayoría de la

gente a esas horas dormía, ya que en la Luna, según habían descubierto, el sueño se hace a la inversa que en la Tierra.

Una vez vestidos a la orilla de la piscina, cuatro de los selenitas que acompañaban a los expedicionarios dijeron que los llevarían a ver la ciudad subterránea que habían manifestado deseos de conocer. Al efecto, los hicieron descender unas gradas, llegando a un punto unos siete u ocho metros más abajo, por donde pasaba una avenida, parándose frente a una especie de compuesta, presentándose inesperadamente allí dos selenitas del tipo policía, que hablaron fuerte y argumentaron con los acompañantes de los expedicionarios, dándoles órdenes y cuyo sentido estos no pudieron entender, si bien comprendieron claramente que sus amigos no les querían obedecer. En esto estaban cuando pasó por allí un carro largo con tres selenitas a bordo —el conductor y al parecer dos pasajeros—, el cual se detuvo, haciendo entrar en él a los expedicionarios y a sus acompañantes. Estos dieron orden de que el carro marchase a toda velocidad, lo cual hizo así el conductor, mientras los selenitas tipo policía tocaban sus silbatos, pidiendo sin duda ayuda para capturar a los expedicionarios y sus compañeros. Entretanto, por lo que acabamos de ver, y por explicaciones entendidas a medias que les daban los selenitas, llegaron los expedicionarios a la conclusión de que el sistema de tráfico de las ciudades subterráneas de la Luna era completamente diferente al de la Tierra, teniendo las poblaciones lunares rutas situadas en diferentes planos para las varias clases de vehículos, lo que facilitaba considerablemente el tránsito.

Los expedicionarios, guiados por sus amigos de la Luna, pasaron por varias ciudades subterráneas, en las cuales moderaban la marcha mientras las atravesaban de parte a parte, designándolas los selenitas por su nombre: Jarbata, Sigmura, Orbita, Prujula. Finalmente, llegaron a la ciudad que habían visto en el mapa —la que los selenitas dijeron llamarse Kaftara— donde les fueron enseñando sus bien cuidadas calles, su sistema de aireación, sus parques y jardines y sus bellísimas fuentes luminosas; pero lo más notable de todo en

esta ciudad como en las otras era que las casas y edificios tuvieran todos forma piramidal, aunque de distintos tamaños, y muchos muy espaciosos. Raymond explicó que eso se debía, indudablemente, a que las construcciones eran así sumamente estables y podían resistir ventajosamente a los movimientos sísmicos.

Fueron muchas las cosas que admiraron en Kaftara, que estaba solitaria (todo el mundo dormía), con solo algunos policías o guardas de trecho en trecho, la mayor parte adormilados, que los dejaban pasar sin notar nada irregular, porque el capacete del carro había sido bajado y los expedicionarios, aleccionados por sus guías, no se dejaban ver. Tenían los guardas un arma a manera de cerbatana, que los selenitas del coche explicaron que arrojaba un dardo mortal, tratándose probablemente de un fusil neumático muy perfeccionado, por lo que a los expedicionarios les pareció que no se usaba en el satélite la pólvora.

Después de andar por muchas partes de la ciudad, admirando multitud de cosas bellas y extrañas, deteniéndose en algunos sitios y bajando del carro para contemplar de cerca muchas notables obras y monumentos, al pasar por una plaza y tratar de detenerse oyeron un altavoz que daba voces en lengua selenita, que los expedicionarios no pudieron entender en absoluto, pero que excitó mucho a los selenitas que a bordo iban. Estos hicieron señas a los expedicionarios, por las cuales llegaron a comprender que habían sido descubiertos y eran perseguidos.

El carro fue lanzado a toda velocidad hasta salir de la ciudad, llegando nuevamente a unas gradas, desmontándose allí, bajando los escaños y tomando otro vehículo los expedicionarios y sus guías, siendo en forma de tabaco e ignorando aquellos qué fuerza lo movía, como tampoco lo habían podido imaginar siquiera en el otro. Al cabo de unos minutos pasaban a todo escape por otra ciudad, Rafpinra, en donde cuatro carros se lanzaron a su persecución, saliendo de la población y empeñándose perseguidores y perseguidos en una disputada y azarosa carrera; aproximándose considerablemente y

perdiendo terreno alternativamente los primeros, hasta que los segundos, en una vuelta del camino, echaron repentinamente hacia atrás, devolviéndose y pasando por delante de sus adversarios en un brusco movimiento que dejó a estos muy atrás, y del todo atónitos, lo que aprovecharon los expedicionarios y sus guías para bajarse del vehículo, subir corriendo numerosas gradas y tomar una especie de auto de carrera de forma cilíndrica en un nuevo plano subterráneo, dirigiéndose al cabaret y encontrándose con que había sido allanado por la policía selenita y que había muchos guardas en el sector que dispararon sus armas contra ellos sin hacer blanco en medio de gran algarabía. Siguieron adelante los expedicionarios y sus guías, desmontándose del vehículo en un recodo, presentándose a poco gran número de selenitas armados, mientras otro buen número, con diferentes armas, trataba de brindar protección a los exploradores del *América* y sus acompañantes. Había un ruido infernal, y los expedicionarios, amparados por sus amigos selenitas, buscaron la salida que ya conocían y recogiendo sus motocicletas montaron en ellas, entretanto eran protegidos por sus aliados.

Los selenitas tipo policía montaron a su vez en carros en persecución de los expedicionarios y lo mismo hicieron los aliados de estos, efectuándose una persecución activa en un trecho como de doce kilómetros. Los enemigos hacían todos los esfuerzos posibles por alcanzar a los expedicionarios, mientras los aliados de estos interceptaban a aquellos, estando los perseguidos varias veces a punto de ser capturados; hasta que finalmente, en el último kilómetro de la carrera, los defensores de los exploradores se adelantaron y se abrieron en semicírculo para dejar paso franco a estos, mientras se desencadenaba un tiroteo de las armas neumáticas que causó varias bajas entre los selenitas, de parte y parte. Esto permitió a los expedicionarios llegar al cohete, del que ya se encontraban solo a cien metros y, entrando de improviso en él ante el asombro de todos, dio orden Newman de poner las máquinas en movimiento, mientras los enemigos se montaban en gran número a horcajadas sobre la astronave,

tratando de abrirse paso hacia su interior. En estas circunstancias el *América* comenzó a vibrar, se movió fuertemente y por último, se desprendió del suelo, arrancando hacia el espacio y dejando caer de bruces a cuantos se habían montado sobre él. La astronave silbó agudamente y se lanzó con ímpetu tremendo al espacio hacia la Tierra. El peligro estaba conjurado.

Pronto estuvo el *América* fuera de la atmósfera ambarina de la Luna, e inmediatamente pudieron ver los expedicionarios, a cosa de unos cien kilómetros de distancia, al satélite artificial, del cual improvisamente surgieron dos guardaórbitas en persecución de la astronave.

—Nos persiguen —dijo Newman—. Deben de tener armas diabólicas.

—No podrán seguirnos mucho tiempo —opinó Weston—, porque no saldrán del radio donde les es posible operar, pues no podrían regresar al satélite artificial.

—De todas maneras están ganando terreno —dijo Newman—. Marchan a una increíble velocidad en nuestra persecución.

Entonces brillaron varios fogonazos en la borda de ambos guardaórbitas y Newman dijo:

—¡Disparan contra nosotros! —ordenando enseguida un descenso rápido del cohete y evitando así que los proyectiles, que continuaban explotando, dieran en el blanco, a la vez que el *América* aumentaba su velocidad rectificando luego la ruta y dejando atrás a los guardaórbitas.

—La sorpresa nos ha podido costar caro —comentó Newman—, ya que no llevamos cañones. En otra ocasión tendremos que traer cohetes-proyectiles para la defensa. Por ahora, ha cesado por completo el peligro de los selenitas y nos dirigimos a la Tierra sin dificultad.

El *América* surcaba los espacios interestelares silbando como un gran monstruo cósmico y todos iban en él muy contentos, admirando a la Tierra, que en medio de multitud de estrellas se destacaba iluminando el cielo como una Luna inmensa, en tanto que nuestro satélite se reducía en tamaño constantemente.

Luego el capitán interrogó a Audel y Baker acerca del estado de los aparatos de comunicación con la Tierra, habiendo ellos contestado que a última hora, ya cuando estaba a punto de presentarse el conflicto que motivó la salida de la Luna, fue cuando pudieron darse cuenta de que no funcionaban porque las comunicaciones con nuestro planeta, todo el tiempo que habían estado en el satélite, habían estado interferidas cuando el aparato especial con radar de que disponían se ponía en sintonía con nuestro globo. Una interferencia tan perfecta —dijeron— que se ajustaba sin ruido alguno a las ondas por ellos emitidas que no había podido ser notada hasta última hora, tanto más cuanto estaban lejos de sospechar semejante cosa. Desgraciadamente, y para colmo de infortunio, uno de los tubos se había caído al suelo rompiéndose, no habiendo repuesto, de modo que tendrían que llegar a la Tierra sin previo aviso.

—Ha sido una imprevisión —sentenció Newman. Luego la conversación volvió sobre el ataque de que acababan de ser objeto por parte de los selenitas tipo policía, y Morgan exclamó:

—¿Qué pensarán esos selenitas? ¡Ignoran que tenemos la bomba atómica!

Transcurrió el tiempo entre las atenciones naturales de la astronavegación y diversos comentarios y observaciones, cuando faltando solamente media hora para llegar a la estratósfera de la Tierra notaron que una corriente desconocida los llevaba fuera de ruta.

—Es extraño —dijo Newman—; somos sacados fuera de ruta por una corriente que no encontramos a nuestra ida.

—Debe ser una nube cósmica de átomos muy separados. Quiero decir, muy rarificada, lo que explica el gran calor que ahora sentimos, pues vamos venciendo cierta pequeña resistencia —opinó Alexander—. Se va moviendo en el espacio y nos arrastra.

—¡Suba! —dijo Newman al piloto.

El cohete maniobró conforme a lo indicado, se sustrajo a la corriente cósmica, rectificó luego el rumbo y media hora más tarde entraba, con todas las precauciones del caso, en la estratósfera de la Tierra.

—Capitán: una de las máquinas está fallando —reportó inesperadamente Wilson—. No podemos ir muy lejos. Tendremos que hacer un aterrizaje forzoso, mientras más cerca mejor, sea donde sea, pues de lo contrario podríamos perder de repente el equilibrio y, sin control suficiente, caeríamos y nos destrozáramos.

—¿Aterrizaje forzoso? —exclamó Newman.

—Quiero decir —repuso Wilson—, que tendremos que aterrizar forzosamente en el primer lugar que podamos sin ponernos a escoger sitio a propósito, porque una de las máquinas funciona muy mal. Por lo demás, si nos apresuramos, aterrizaremos normalmente.

—Estamos ahora sobre un área que comprende parte del Canadá y de los Estados Unidos, ¿no es así? —dijo Newman.

—Exactamente —repuso el piloto.

—Aterrice —ordenó Newman.

Se disminuyó considerablemente la marcha y el cohete descendió tranquilamente.

—¡Pero hay mucha niebla, Wilson! —dijo el capitán—. ¿Qué es eso? El suelo parece hervir allá abajo.

—¡Las cataratas del Niágara! —exclamó Warner espantado.

—¡Cuidado! —gritó Newman al piloto—. ¡Nos estrellamos contra las cataratas!

El piloto, a punto de descender estrellándose contra las cataratas a causa de la niebla, con las últimas fuerzas del *América* lo hizo deslizar a muy pocos metros sobre las aguas y fue a aterrizar un poco más allá de ellas, en un claro del terreno, no lejos de Niágara Falls, provincia de Ontario, Canadá.

—¡Nos hemos salvado! —exclamó la Sra. Anderson, antes Srta. Brewster.

Inmediatamente, se presentaron al cohete unos trabajadores que se encontraban en el paraje y luego gran número de gente, propagándose con la celeridad de una exhalación la noticia del aterrizaje del *América* en el Canadá, cuando todo el mundo lo daba por perdido, y de un confín a otro del planeta corrió enseguida la nueva por

la radio, la prensa, el telégrafo y el teléfono, picando la curiosidad y el interés de todos los espíritus.

Llegaron las autoridades, que tomaron bajo su custodia al cohete, y los expedicionarios, sin pérdida de tiempo, se dirigieron en avión a la ciudad de Nueva York, en donde dieron cuenta, ante la Sociedad de Astronavegación, de su gran aventura.

Transcurrieron tres días en que se apreció el alto valor científico de la expedición y en que se entrevistaron a los expedicionarios multitud de veces. Se comenzaron a escribir varios libros sobre diversos aspectos de la empresa realizada, con gran tiraje en perspectiva, y en que no se habló de otra cosa en el mundo, y se trató el punto, por la Asociación de Financistas con sede en Nueva York, de si valía la pena costear nuevas expediciones a la Luna, ofreciendo Anderson tomar parte a favor de ellas en los debates.

La sesión de la Asociación de Financistas se celebró en el local de la Sociedad de Astronavegación, por cortesía de esta, y después que se discutió mucho, generalmente negando la conveniencia de equipar nuevas expediciones a la Luna, salió Anderson al palenque, presentándose ante una cortina que tenía preparada de antemano, y a nombre de la expedición de que era miembro dijo:

—Respetables señores: aparte del estudio científico, que es lo que a nosotros los hombres de ciencia nos interesa, tenemos un argumento muy convincente en favor de nuevas expediciones a la Luna. Helo aquí...

Y diciendo esto descorrió la cortina y aparecieron, ante la vista de todos los presentes, miles de millones de dólares en oro bruto.

—Esto es oro, señores, traído de la Luna.

Los oponentes se quedaron atónitos; una salva de aplausos conmovió el salón y luego el Dr. Reich, presidente de la Asociación de Financistas, tomó la palabra para concluir, diciendo:

—Creo no equivocarme al manifestar, a nombre de todos los miembros de la Asociación de Financistas, que aprobamos sin reservas el proyecto de nuevas expediciones a la Luna.

—¡Aprobadooooo! —exclamaron los demás miembros de la Asociación.

—El hecho de que haya tanto oro así en bruto en nuestro satélite —remachó el Dr. Reich— demuestra que los habitantes de la Luna no lo saben explotar y que se encuentran, por lo tanto, en estado salvaje. Y es un rasgo de humanidad ayudarlos lo más pronto posible. Tenemos que ir a civilizarlos.

FIN

Índice

Nota preliminar	7
Prefacio	15
I	
Una sesión extraordinaria	17
II	
El arribo a la Luna	31
III	
El extraño mundo lunar	45
IV	
Una civilización subterránea	57
V	
En contacto con los selenitas	71
VI	
El rechazo de la expedición	83

Edición digital
Fundación Editorial El perro y la rana
octubre de 2021



En sesión extraordinaria, la Sociedad de Astronavegación se reúne para discutir la posibilidad de realizar el primer viaje a la luna. En medio de un encendido enfrentamiento dialéctico, finalmente, la exploración al satélite terrestre será realizada. Una expedición formada por veinte especialistas —entre ellos un venezolano— será la encargada de protagonizar esta fascinante aventura, en donde la grandeza y la miseria de la condición humana serán los verdaderos protagonistas.

FRANCISCO ANICETO LUGO (Ciudad Ojeda, Zulia, 1974)
Polifacético y autodidacta, la trayectoria profesional de Lugo es extensa y difícil de abarcar en pocas líneas. Nacido en Delta Amacuro, fue escritor, profesor, ingeniero eléctrico, columnista del diario Panorama, traductor en agencias de noticias, fundador del diario *El Independiente* (Ciudad Bolívar), articulista en revistas nacionales e internacionales, estudioso y aficionado a la ufología —área en la que se convirtió en un referente de fama internacional—. Creador de una de las primeras novelas de ciencia ficción escrita en Venezuela, *El primer viaje a la Luna* (1955), su extensa y pintoresca obra abarca desde poesía hasta el ensayo histórico, pasando por la divulgación del pensamiento bolivariano o los estudios científicos más heterodoxos. Hacia 1959 publica su primer libro sobre ovnis y extraterrestres, uno de los primeros escritos en lengua castellana, *Los visitantes del espacio*, inspirada en el caso de los enanitos de Petare, hecho ocurrido en 1954 donde se avistó un incandescente objeto volador no identificado.